

La Ilustración Artística

Año XXI

← BARCELONA 5 DE MAYO DE 1902 →

Núm. 1.062

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



JOVEN MALLORQUINA, cuadro de Félix Mestres

(Salón Parés)

ADVERTENCIAS

Está terminada la impresión del tomo segundo de la presente serie de la Biblioteca Universal, que en breve repararemos a los señores suscriptores. La obra que forma este tomo es la preciosa novela, clásica en la literatura francesa,

PABLO Y VIRGINIA

de Bernardin de Saint-Pierre, primorosamente traducida por el inspirado poeta y notable literato D. Melchor de Paláu.

La obra va ilustrada con profusión de preciosos dibujos de Mauricio Leloir, y por sus condiciones, tanto literarias y artísticas cuanto materiales, figurará indudablemente entre las mejores publicadas en nuestra Biblioteca.

El próximo número de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA estará por entero dedicado a la conmemoración del fausto suceso de la jura de S. M. el Rey Don Alfonso XIII, y contendrá un escogido texto é interesantes ilustraciones. Irá impreso en papel couché.

SUMARIO

Texto. — *La vida contemporánea. En vísperas*, por Emilia Pardo Bazán. — *Crónica parisiense. El baile Gavarni en el «Moulin Rouge»*, por Pedro Coll. — *El triunfo del amor*, por Rafael Ruiz López. — *El rey de la creación*, por A. Sánchez Ramón. — *S. M. el rey D. Francisco de Asís de Borbón*, por R. — *En la feria de Sevilla*, por X. — *Nuestros grabados. Miscelánea. Problema de ajedrez. La dote de Pascualina*, novela ilustrada (continuación). — *República Argentina. Buenos Aires. Nuevo edificio de la Biblioteca Nacional*, por Justo Solsona. — *Libros recibidos.*

Grabados. — *Joven mallorquina*, cuadro de Félix Mestres. — *Dibujos de Gosé que ilustran el artículo Crónica parisiense El baile Gavarni.* — *Un cuento interesante*, cuadro de J. J. Shannon. — *El triunfo del amor*, cuadro de Obiols Delgado. — *S. M. el rey D. Francisco de Asís de Borbón.* — *En la feria de Sevilla. Buñoleras y cantinas. La caseta del Centro de Bellas Artes. Interior de un café.* — *Un buen artículo*, cuadro de L. A. Tessier. — *Inocencia*, cuadro de H. Frauendorfer. — *Sillones para la coronación de Eduardo VII de Inglaterra.* — *Dimitrij Ssergievitch Szipjagin.* — *Inauguración de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires. Fachada. Sala de lectura. Escalera principal.* — *Lavanderas*, cuadro de Juan García.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

EN VÍSPERAS

¿De qué hablar sino de los festejos? Su obsesión es continua, y cuanto se dice, hace y piensa va guiado por una idea exclusiva; la de estas fiestas censuradas, comentadas, anunciadas pomposamente, traídas, llevadas, que serán causa de que se derrame sobre Madrid una ola de forasteros ansiosos de divertirse...

* *

Las fiestas, en los pueblos, son lo mismo que en las casas: la primera condición que exigen es local, marco, fondo adecuado. — ¿Lo tiene Madrid? Podría discutirse, y hasta negarse. Dos grandes elementos decorativos para circunstancias señaladas posee Madrid: el Parque del Retiro y el Palacio Real, con sus nuevos jardines y su magnífica plaza de la Armería. Los otros pulmones de la villa — Florida, Moncloa, etc., — se encuentran en situación nada á propósito para localizar allí festejos de carácter general. Y claro es que ni el ameno Parque ni el soberbio Palacio hacen olvidar la falta de una bahía como la de Lisboa, de un río como el Sena, ni de plazas y vías monumentales como el Carrousel, la Concordia, la avenida de los Campos Elíseos, etc., en París.

Madrid tiene sus vías de comunicación, las que forman precisamente el corazón de la villa, tan rhogadas, tan mal dispuestas, que no ya en festejos magnos como los que se preparan, sino con cualquier ocasión de las que á cada paso ocurren — procesión, formación de tropas, hasta corridas de toros, — se obstruyen; se hace imposible transitar. La gente, por otra parte, no peca de amable ni de complaciente, y la masa humana, solidificada por la carencia de espacio, se aprieta más aún por la terca resistencia á dejar pasar á nadie, aunque el transeunte alegue la mayor urgencia, y aunque sea un ser débil, mujer ó niño, á quien aplastan con despiadada brutalidad.

Esta congestión ó infarto de las principales vías de Madrid es uno de los obstáculos más positivos y uno de los motivos de deslucimiento y descontento más fundados. Se aglomera la multitud y hay robos, sofocos, desazones. Calcúlese lo que sucederá si, como nos anuncian, se descuelgan aquí unos ochenta ó cien mil *isidros*; que con sólo echarse á la calle, sin más, bastan para que no se pueda dar un paso

por ninguna parte. Con la vanguardia — los que ya están en Madrid á estas horas — empieza á hacerse difícil la circulación, á la caída de la tarde, por la Puerta del Sol y desembocadura de la calle de Alcalá. Preparémonos á quedarnos encerrados en casa; á vernos bloqueados por una muralla de carne.

* *

Después de las condiciones de local, vienen las de alojamiento — que de local son realmente también. — Si creyésemos lo que oímos, los forasteros no tendrían más remedio que acampar al raso ó dormir en los pórticos (¿en cuáles?), sistema que adoptan los aldeanos de Compostela la víspera de la fiesta del Santo Apóstol, patrón de las Españas. Deficientísimos y escasos son los hospedajes en Madrid; no hay capital europea que en este particular se encuentre peor habilitada; pero sin embargo, me figuró que todo acabará por arreglarse y la gente encontrará cobijadero, mejor ó peor (en lo de la calidad habrá que ser poco exigente). En efecto, sólo sé de un hotel algo regular en Madrid, el de la Paix; los demás dejan bastante que desear; y ni el de la Paix (que es muy caro), ni ninguno, se hallan instalados en edificios construídos *ad hoc*, no existiendo á mi ver cosa más incompatible con la idea de lo confortable que un hotel que no ha sido edificado para hotel.

Y caigo en la cuenta de que estoy refiriéndome á la nata y flor, á los hospedajes costosos, para gente de riñón cubierto, que viene decidida á romperle la crisma á unos cuantos cientos de duros; pero esto será lo excepcional. La inmensa mayoría de los forasteros habrá de acomodarse incómodamente en casas de huéspedes, mesones, posadas y alojamientos ocasionales, improvisados, y pagar como si estuviesen á gusto.

* *

De estas deficiencias saldrán muchas quejas, y más de las tres cuartas partes se volverán á sus casas llorando el dinero que soltaron en mal hora. No obstante, á los quince días apostaré que ya se tranquilizan y empiezan á persuadirse de que se han solazado mucho, mucho. En España tendremos poco dinero, pero no nos falta rumbo y humor para gastarlo, cuando se tercia.

A mi parecer, los festejos adolecerán de lo mismo que adolecen las calles de Madrid: de aglomeración, de dificultad circulatoria. Para que se me entienda: habrá demasiadas diversiones en pocos días.

Creíamos, allá en marzo, que todo el mes de abril sería ya un mes brillante, rebotando distracciones, una antesala de las fiestas; y he aquí que el mes de abril, sea por la muerte del rey abuelo, sea por el mal tiempo, sea por otras causas, ha transcurrido más desanimado y frío que suele transcurrir en cualquier año. Los salones, apenas entreabiertos, se cerraron, después de una espléndida fiesta de cuadros vivos que alborotó á la sociedad; los teatros serios se arrastraron trabajosamente, y poco á poco — obligado alguno de ellos por la tibieza del público — han ido dando fin á una temporada que soñaron prolongar al calor de los festejos; el Real no se ha atrevido á traernos á Bayreuth; y excepto en los colchones de muelles que vemos pasearse llevados en hombros por las calles, en los colchones de lana que vemos aparecer (grave infracción de las ordenanzas municipales) á la puerta de las casas, y á la nube de modistas, coseteras y peluqueros que procedentes de París han caído sobre Madrid para beneficiar la situación, en nada se conoce que estemos ya abocados á una *season* tan excepcional.

* *

El comercio espera vender; los fondistas y alquiladores de coches se las prometen felices; reinan, al parecer, la tranquilidad y el optimismo en los espíritus. Apenas extiende sobre ellos ligerísima, impalpable sombra, la noticia, publicada por los diarios, de que tal ó cual peligroso anarquista se ha colado por la frontera, con ánimo de aguarlos el vino...

Nadie piensa en ese coco moderno. Toda la atención está pendiente de cómo se organizarán y cómo saldrán los números innumerables del nutrido programa que todo él tiene que caber en unos cuantos días del mes de mayo.

Pierdo la cuenta de lo que en este corto tiempo van á zarandearse el vecindario de Madrid y sus huéspedes más ó menos ilustres, egregios y augustos. Bailes á tutiplén, algunos tan lucidos como se espera que será el de la Bolsa, por suscripción; baile y música en todas las instalaciones de los Círculos de recreo en el Retiro; kermesses; feria; batalla de

flores; iluminaciones; *garden party* y recepción en Palacio; fiestas particulares, imposibles de prever y de recontar; funciones de gala en uno ó varios teatros; y lo puramente oficial, como el acto de la jura, al cual se cree que concurrirán, aumentando el esplendor, muchas y muy suntuosas carrozas de grandes que ejercen cargos palatinos... Se me olvidaban, ¡ahí es un grano de anís!, los anuncios de grandes corridas de toros, con caballeros en plaza, y los por ahora proyectos no más de torneos, *carrousel*, etcétera. No sé si incluir entre los festejos las revistas, paradas y simulacros militares, y el *tedéum*, solemnidad religiosa. Y estoy cierta de que se me olvida muchísimo de lo que tiene que entrar, venga estrecho ó venga ancho, en este mes de mayo bendito.

* *

Así que empiece el buceo no se verán los forasteros en la incertidumbre de escoger entre soltar la bolsa ó la vida. Ambas cosas corren peligro. La bolsa tiembla cuando oímos decir que los hoteles han duplicado y triplicado y quintuplicado sus precios; que por un coché para el mes de mayo piden siete mil pesetas de alquiler, más del valor íntegro del tren si se vendiese; que las subsistencias son un problema pavoroso; alrededor del cual va formándose un lago de tinta y otro de saliva derrochadas... La vida no creo que la saquen salva los que lleguen aquí con el afán de *verlo todo* y de *ir á todo*, y de no regresar á su pueblo sin haber tenido el gusto de contemplar á los archiduques y enviados extraordinarios de las cortes extranjeras (muy señores míos y de mi respeto).

En cambio, muchos pacíficos moradores de la villa y corte están ya de un humor empecatado, y juran y perjuran que sería cosa de tomar el tren é irse á una aldea bien solitaria. Desde sus casas madrileñas suspiran por El Tomelloso ó por Majadahonda. Parafrasean la célebre *Oda* de Fray Luis y la *Silva* encantadora de Lope de Vega; repiten, sin advertirlo, las frases de Quevedo encareciendo el descanso y el goce puro de la existencia campestre. Pero... ello es que no se van. ¿Qué habían de irse? Sí, en eso estaban pensando.

Al que más y al que menos le pica la curiosidad de ver en qué parará todo esto, si las fiestas resultarán un colosal *timo* ó una magia deslumbradora, ó buenamente (es la opinión de los sensatos) una cosa entre merced y señoría, á ratos buena y á ratos detestable, como al fin organizada algo atropelladamente y en un pueblo que tiene poca costumbre de «recibir.»

* *

No falta tampoco quien se alarme ante el trato que está sufriendo el bello, amenísimo, y (seamos justos) bien cuidado Parque del Retiro. Sus tranquilas y frondosas calles de árboles, sus frescas y lindas canastillas floridas, sus enarenados parterres, se encuentran estos días manchados, perturbados y ofendidos por legiones de trabajadores que renuevan el suelo, lo siembran todo de cascote, ladrillo y tablones, para erigir barracas, pabellones y quioscos, tribunas y palcos y demás tinglados de festejos. Hasta se murmura no sé qué de árboles cortados ó desmochados. Desde el punto de vista de la belleza del Parque, no cabe negar que están cometándose profanaciones. ¿Qué remedio? ¿Hay en Madrid acaso otro sitio donde armar fiesta? ¿No hacían otro tanto los monarcas de la casa de Austria, que alzaban sus teatros y tenían sus diversiones en el Retiro?

* *

Y al presenciar tanto preparativo; al sentir en el aire la vibración de una alegría tumultuosa, próxima á desbordarse en calles, paseos, teatros, en cuanto ofrezca á los sentidos un aliciente y á los ojos un pasajero deslumbramiento; al percibir ya el rodar de los millones y el aroma de las flores y la claridad de las luminarias y el estruendo de las músicas y el estallido de la pirotecnia; al escuchar ya el traqueteo de los trenes de placer y las pisadas de esa muchedumbre ávida de goces y puerilmente afanosa de emociones, que se precipitará en breve sobre la capital española, ¿diría nadie que somos aquellos de las colonias perdidas entre desmayos del alma é interrupciones del pulso; aquellos que en 1898 no acertábamos ni á conocernos á nosotros mismos?

Esta facilidad de la expansión, este buen humor latente que se descubre á cada momento propicio, ¿son feliz síntoma, ó son nuevo indicio de debilidad orgánica?

Confieso que no lo sé.

EMILIA PARDO BAZÁN.

CRÓNICA PARISIENSE. - EL BAILE GAVARNI EN EL «MOULIN ROUGE.»

Artista de talento, dibujante de buena cepa fué aquel caricaturista que en la época de Luis Felipe levantaba ampollas con sus picantes litografías.



El pintor Gerome

Daumier fué un espíritu más agrídulce; Gavarni era lo que ahora se llama un *noceur*, que gustaba de ir de baile en baile buscando aventuras y anotándolas en el papel. Era un espíritu alegre, á pesar de lo que de él ha dicho Goncourt, cuando lo ha pintado como hombre melancólico.

En aquella época sólo el arte apasionaba. Amando y dejándose amar, toda aquella pléyade de artistas y literatos iba á divertirse escuchando los trinos del violín de Musard y bailando cuanto podían en el Tívoli y en el Prado (nombres que se adoptaron en Barcelona), al Valentino, al Chateau Rouge, al Salón de Mars y á Mabilie.



Carro de la Sociedad de Pintores Litógrafos

Un baile de estos fué organizado por el «Charivari» en 1843. En la noche del jueves lardero, el famoso Chicard, un bailarín de rigodones, de oficio curtidor de pieles, presentóse acompañado de Mignon-Minard á bailar la *quadrille*, vestidos ambos con gran casco de cartón y botas altas: aquellos trajes habían sido dibujados por Gavarni. Daumier dibujó el programa de aquella fiesta que ha formado época.

Aquel artista que tanto se divirtió en su juventud volvióse sosegado cuando hubo cumplido los cuarenta.

A pesar de su talento, nadie se había acordado de que otros artistas de menos valía tenían en las plazas de París un monumento de que él carecía.

Gerome, el célebre pintor, se ha puesto al frente de la comisión organizadora de fiestas con que allegar recursos á la suscripción iniciada por los pintores litógrafos de París, para erigirle uno en plena plaza Saint-Georges, en aquel barrio de Nuestra Señora de Lorette, de donde había sacado todos los tipos que le han hecho célebre.



Comitiva de «Thomas Vireloque» organizada por Leandro y Abel Faivre

celebró en el «Moulin Rouge.» La sala estaba decorada con flores y plantas, pero el principal adorno eran los palcos, en donde se admiraban todas las bellezas que París contiene.

Artistas y literatos, *demi mondaines* y gente alegre,

de pareja con éstos; hasta Gerome daba el brazo á una muchacha muy bonita que vestía de novia.

**

Gavarni nació en París en 1804 y murió allí mismo en noviembre de 1866. Desde 1820, en que fué el dibujante del esplendor pirenaico, hasta 1864 en que su temblorosa mano hubo de soltar el lápiz, no dejó un



Baile Gavarni en el «Moulin Rouge.» Aspecto de la sala



El pintor Villette en traje de Luis Felipe

todos con semblante risueño y vestidos todos con trajes de la época de Gavarni animaban aquel ambiente, esperando impacientes la cabalgata que en el jardín del mismo baile se estaba organizando en aquellos momentos.

Uno de los palcos estaba destinado al rey Luis Felipe y á su comitiva: el dibujante Villette representaba al *Rey burgués*.

Ocupaban los demás palcos los que para obtenerlos habían pagado precios elevados en la subasta que se había verificado.

En uno estaba la bailarina Thylda que iba con la bella Otero, vistiendo las dos uniforme de oficial de la época; en otro, el novelista Willy, autor de *Claudine à Paris*, acompañado de su esposa; y en el del Jockey-Club se veía á las artistas de la Comedia Francesa, la hermosa Sorel y la Pierson.

De pronto, la orquesta anuncia la llegada del rey Luis Felipe, á quien recibe en la puerta el famoso artista y académico Gerome, vestido de *bourgeois* de París, de aquel tiempo, y en cuanto la comitiva regia ha ocupado su palco, sale del jardín del «Moulin Rouge» la cabalgata.

Iba delante el carro de los litógrafos, en el que se tiraban unas litografías de Gavarni con la misma piedra por éste dibujada: aquellas litografías se vendían á un franco.

Seguía luego la comparsa de «Thomas Vireloque» dirigida por Leandro y Abel Faivre, y detrás de ella la de los «Enfants Terribles» que tanta y tan merecida celebridad dieron á Gavarni cuando el «Charivari» los publicó.

Venía después la comitiva «Mr. Vautour chez les artistes» organizada por el pintor Abel Truchet, y cerraba la cabalgata el carro de los Románticos del taller Grasset, en el cual estaban representados Berlioz, Víctor Hugo, Alfredo de Musset, Balzac y otros de aquel período.

Terminada la ceremonia, todo el mundo descendió de los carros y comenzó una fiesta bulliciosa, en la que, sin embargo, no hubo una sola nota discordante.

Los trajes de la época sentaban admirablemente á todas aquellas caras rubias y morenas que llenas de juventud iban derramando alegría por todos los ámbitos del salón. Muchas modelos de pintores iban

momento de trabajar. Sus litografías se cuentan por miles y el número de sus dibujos y acuarelas es incalculable. Y como si la fiebre fecunda de su arte, como si la labor incesante de su pincel no bastaran á satisfacer la actividad devoradora de su espíritu, aún encontró ratos de ocio para escribir novelitas de un corte animado y de mucho color literario, para rimar versos no más que regulares, por no decir malos, y para perder el tiempo buscando la dirección de los globos.

Extraño y genial artista, ingenio chocante y agradable, como ningún otro observó y pintó las alegrías y las miserias, es decir, la vida toda. En la obra inmensa de Gavarni, la risa no tarda en ser ahogada por el ruido del llanto, llenándose de punzantes análisis. Los que suelen pintarlo como el tipo del dibujante alegre, se equivocan. Gavarni es ante todo el artista filósofo, y repasando su obra se encuentra en ella, bajo el aparente anacronismo de fechas y trajes, la humanidad tal como era ayer, como es hoy, como será mañana.

Lo que sí es cierto, es que su obra constituye para los historiadores una documentación preciosa de las elegancias pasadas, ya que fué un observador profundo de las pasiones, de los dolores, de las alegrías, un creador de tipos que su lápiz ha eternizado.

Su obra constituye un verdadero archivo en donde aparece retratada moral y físicamente la sociedad parisiense de una buena parte del siglo XIX.

El escultor que haya de hacer su monumento, podrá inspirarse en sus propios dibujos dándole carácter de época y también podrán encontrar su retrato y estudiar su modo de ser copiando fielmente algo de su colección «L'Homme à la cigarette.»



«Mr. Vautour chez les artistes» ó «Crimen y castigo.» Comitiva organizada por Abel Truchet



Los Románticos, comitiva del taller Grasset

Ilustraciones de Gosé. París, abril, 1902.

PEDRO COLL.

**
La primera de las fiestas con dicho objeto organizadas ha sido el baile que hace pocos días se

EL TRIUNFO DEL AMOR

Cinco años hacía que el tío Curro se había quedado solo con su hija, y aquellos cinco años pasaron sin que sus ojos dejaran de llorar la pérdida de su mujer, de aquella compañera tierna que le había prestado su ayuda, dulce y cariñosa; en su afanosa peregrinación por la tierra. Y lloraba el tío Curro á raudales, porque su pasión había sido intensa y supieron conservarla día tras día hasta que cumplieron

el contoneo incitante de sus caderas..., todo su cuerpo, en fin, parecía reclamar el amor-pasión, ese amor que tanto lleva á la felicidad como al crimen...

Y amaba; amaba con todas las fuerzas de su alma joven, con amor exclusivo y único, y estaba resuelta á sacrificarse por el muy amado si las circunstancias así lo exigían. ¿Hay nada más grande ni más heroico que sucumbir por aquellos á quienes amamos?

Antonia había acertado á poner su corazón en buenas manos; Juanillo era merecedor de la encan-

tanto, Antonia, no pudiendo apartar de su imaginación las serias y enérgicas amenazas del tío Curro, temblaba, pero más por él que por ella, y solía exclamar:

— ¡Mía que si mi padre nos viera!

Fué un domingo. Hacía tres días que el tío Curro estaba ausente y no debía volver hasta dentro de ocho. Al irse había tornado á las amenazas y había vuelto á recomendar á su hija que no diese oídos á nadie. Pero con razón afirman que el amor es ciego.



Un cuento interesante, cuadro de J. J. Shannon

los cuarenta y cinco y ella cerró los ojos para no volverlos á abrir. ¡Oh, qué dolor tan agudo, tan dislocante, experimentó cuando, tras de agotar todos los recursos y someterla á todas las pruebas imaginables, la vió morir! Sin saber lo que hacía, salió al patio ahogándose de aflicción y cogió, destrozando las macetas, cuantas flores había, para echarlas después sobre el cuerpo de la inolvidable muerta.

De alegre habíase tornado brusco y hurano, y á no ser por Antonia, que con sus mimos de hija cariñosa le consolaba, habríase dejado morir en un rincón.

Encontrándose en el mundo sin otro arrimo y apoyo que el de Antonia, si como hija la había idolatrado antes, ahora la amaba con todos los amores. Cuando salían á la calle sentía celos de todas las miradas y experimentaba rudísimos sacudimientos al oír que requebraban tiernamente á su Antonia, y entraba en ganas de arremeter contra los golosos que rondaban su casa y molerles á palos por atreverse á disputarle su único tesoro.

Y se lo dijo á ella una tarde y se lo repitió muchas veces después:

— Si alguno de esos moscones se acerca á ti, y tú le quieres, y yo veo que me van á robar lo único que tengo en el mundo..., haré lo que no hice nunca, lo que jamás pasó por mi cabeza: ¡matar á un hombre!

Y decía esto con tal energía y firmeza, que Antonia llegó á tenerle miedo y le contestaba para aplacar sus nervios irritados:

— Pero, padre, si yo no *quedré* nunca á *nai*de más que á *osté*.

No era aquello verdad; Antonia, como buena hija del Guadalquivir, estaba dotada de un corazón inflamable. Sus ojos, chispeantes y alegres, negros y rasgados, protegidos por largas y sedosas pestañas, desmentían sus palabras; la boquita fresca parecía estar hecha para conjugar el verbo amar, ese viejísimo verbo eternamente joven; su garganta suave, su tez morena, aterciopelada, su talle cimbreante y flexible,

tadora niña; honradote y bueno como el pan, era capaz de hacer la felicidad de la más exigente. A más, si Antonia le amaba, él correspondía cumplidamente á aquel amor, y dormía desasosegado, sintiendo un cosquilleo extraño dentro del pecho y un temblorillo que no dejaba nunca sus nervios en quietud, pensando en ella á todas las horas y por ella suspirando en todos los instantes.

Cuando hablaban apasionadamente por la reja, á altas horas de la noche, aprovechando el sueño profundo y confiado del tío Curro, Antonia había dicho muchas veces:

— ¡Si mi padre supiera que te quiero con *toa* mi alma, nos mataba á los dos!

El, entonces, manifestaba los deseos que tenía de hablar seriamente con el tío Curro y de decirle todo lo que sus corazones sentían, enterándole de la honradez de sus intenciones y de la firmeza de sus propósitos, acabando por pedirle la mano de Antonia con todos los respetos que el caso requería. Pero la muchacha, que conocía muy bien las intenciones de su padre respecto al particular, le rogaba que nada dijese si en algo estimaba la tranquilidad de los dos. Y como Juanillo protestase diciendo que alguna vez se había de saber y que no debían pasar la vida de aquella manera, Antonia recomendábale paciencia y le rogaba, por lo que más quisiera, que no despegase los labios delante del tío Curro para hablar de tal cosa.

A regañadientes se conformaba Juanillo. Aquel continuo sobresalto en que vivía la muchacha hacía su amor más potente y más firme; las contrariedades que sufría él daban por resultado el crecimiento de su pasión.

Cuando asuntos urgentes obligaban al tío Curro á permanecer algunos días fuera de Sevilla, Antonia consentía á Juanillo entrar en su casa, y en el patio pasaban horas felicísimas hablando del dichoso porvenir que les aguardaba. El escuchaba atentamente cuanto la muchacha decía, contemplándola embobado, comiéndosela con los ojos... Y de tanto en

Juanillo se presentó en la casa como de costumbre. Aquel día iba engalanado con el traje de las fiestas. Daba gusto mirarle con su cara recién afeitada, su camisa limpia con bordados en la pechera, su chaquetilla corta, sus calzones color tabaco con botones de plata, las flamantes polainas de cuero con caireles de lo mismo y la faja encarnada que oprimía su cuerpo jacarandoso de majo. Llevaba al hombro la manta madroñera y andaba gallardamente, taconeando con energía, como satisfecho de sí.

Fueron al patio; envueltos por los mágicos perfumes de las acacias y de los tempranos claveles, que abrían sus hojas rizadas á la fecundante caricia del sol; rodeados de flores; escuchando el murmullo confuso de la ciudad, sentían estallar sus pechos de pasión. La Giralda, esa torre esbelta como las hijas de Sevilla, que se levanta con gallardía hacia las regiones de las nubes, vigilaba á los enamorados; dos palomos de pechuga azulada picoteaban en el suelo, arrullándose; las cúpulas de la catedral parecían empinarse para contemplar aquel poema de amor y de vida.

Antonia, encantadora siempre, adornada la cabeza de flores, tocaba suavemente la guitarra y sonreía á Juanillo, invitándole á cantar, pero quedo, muy quedo, para que los vecinos no le oyesen; las breves y ágiles manos de la niña arrancaban á la guitarra notas dulces y melancólicas, como suspiros, que la brisa recogía y se llevaba con orgullo entre los suaves aromas del patio. El entonaba sus cantares apasionados, y su voz, modulada con delicadeza, entrábale á Antonia por los oídos, produciéndole delicioso cosquilleo.

Y así olvidados del mundo, sin pensar en nada que fuese ajeno á aquel momento, dirigiéndose ardientes miradas, no pudieron darse cuenta de que alguien había entrado en la casa y les veía.

Era el tío Curro, que en sus prisas por llegar á Sevilla al lado de Antonia, había dejado sus negocios resueltos á medias.

Al asomarse á la puerta del patio y contemplar la



EL TRIUNFO DEL AMOR cuadro de Obiols Delgado. (Véase el artículo de Rafael Ruiz López, pág. 300)

escena que en él se desarrollaba, experimentó un rudo sacudimiento y sintió que la sangre arbolaba sus mejillas, quemándose. Apretó los puños con rabia viendo á su hija con un hombre, y quiso avanzar bruscamente hacia ellos; pero en aquel instante Juanillo cantaba una vieja copla con pasión infinita y se detuvo. Por su cabeza empezó á desfilar una procesión de recuerdos muy dulces, de tiempos muy lejanos... Y la rabia iba cediendo paso á una emoción profundísima, que acabaría por arrancarle lágrimas. Recordó su juventud feliz, cuando ella, la muerta inolvidable, era como Antonia una morena ardiente que se hubiera dejado matar por él; recordó sus amores que á nada hubieran cedido, y á su memoria vinieron escenas llenas de ternura, como aquella que veían sus ojos, en las que había representado el papel principal; acordóse también de Antonia, niña correteando por el patio, mientras ellos reposaban al atardecer de los días calurosos...

Entró en el patio casi tambaleándose de emoción. Antonia, al verle, lanzó un grito, dejando escapar la guitarra de entre sus manos y poniéndose muy pálida; Juanillo se puso en pie con viveza, como el que se apercibe á la defensa.

Pero en lugar de la escena violenta que aguardaban, el tío Curro dijo ahogándose de emoción:

— No asustarse; no es *naa*. Tú, Antonia, *güelve* á coger la guitarra y toca, toca, que me *paee* que acaba de entrar Dios en este patio.

La muchacha se arrojó en sus brazos conmovida. Y pasado un momento, aquel hombre terrible dijo á Juanillo con humildad:

— Niño, tú eres *güeno*..., tuya es..., pero... no me la quites del *too*; vente á vivir con nosotros.

RAFAEL RUIZ LÓPEZ.

EL REY DE LA CREACIÓN

Hoy ha sido un mal día para mí. Vuelvo á casa malhumorado, febril, calenturiento, sintiendo un gran disgusto de la vida y una indecible repugnancia hacia la humanidad.

El día era espléndido. El sol lucía, dorándolo todo, hermoseándolo todo con sus deslumbradores reflejos.

El sol es generoso, y distribuye su luz y su calor con prodigalidad de magnate. Todo cuanto toca, hasta lo más bajo y humilde, lo embellece. El lodo brilla con reflejos de diamante.

Salí á la calle alegre y satisfecho, sintiendo correr en mis venas el calor de aquella luz que llenaba los espacios. Hay días en que sin saber por qué, todo canta, todo ríe, todo acaricia. Las mujeres parecen más bonitas; los hombres, más gallardos; uno, más bueno.

Se desea hacer el bien; no se espera el mal... Y el mal, única realidad de la vida, acecha, sin embargo, con toda su interminable cohorte de pequeñeces y de fealdades.

Para conservar la ilusión de la bondad, de la belleza, es preciso aislarse. El contacto con la humanidad es áspero y mortifica todas las dulzuras, todas las benevolencias que duermen en nuestro corazón y en nuestra alma.

Cuanto más alegre está uno y más deseoso de vivir la vida, Gengiskan ó Atila, Harpagón ó Tartufo les salen al paso para amargarle la existencia y recordarle que no vive en las nubes, sino pegado, amarrado á la miserable corteza terrestre.

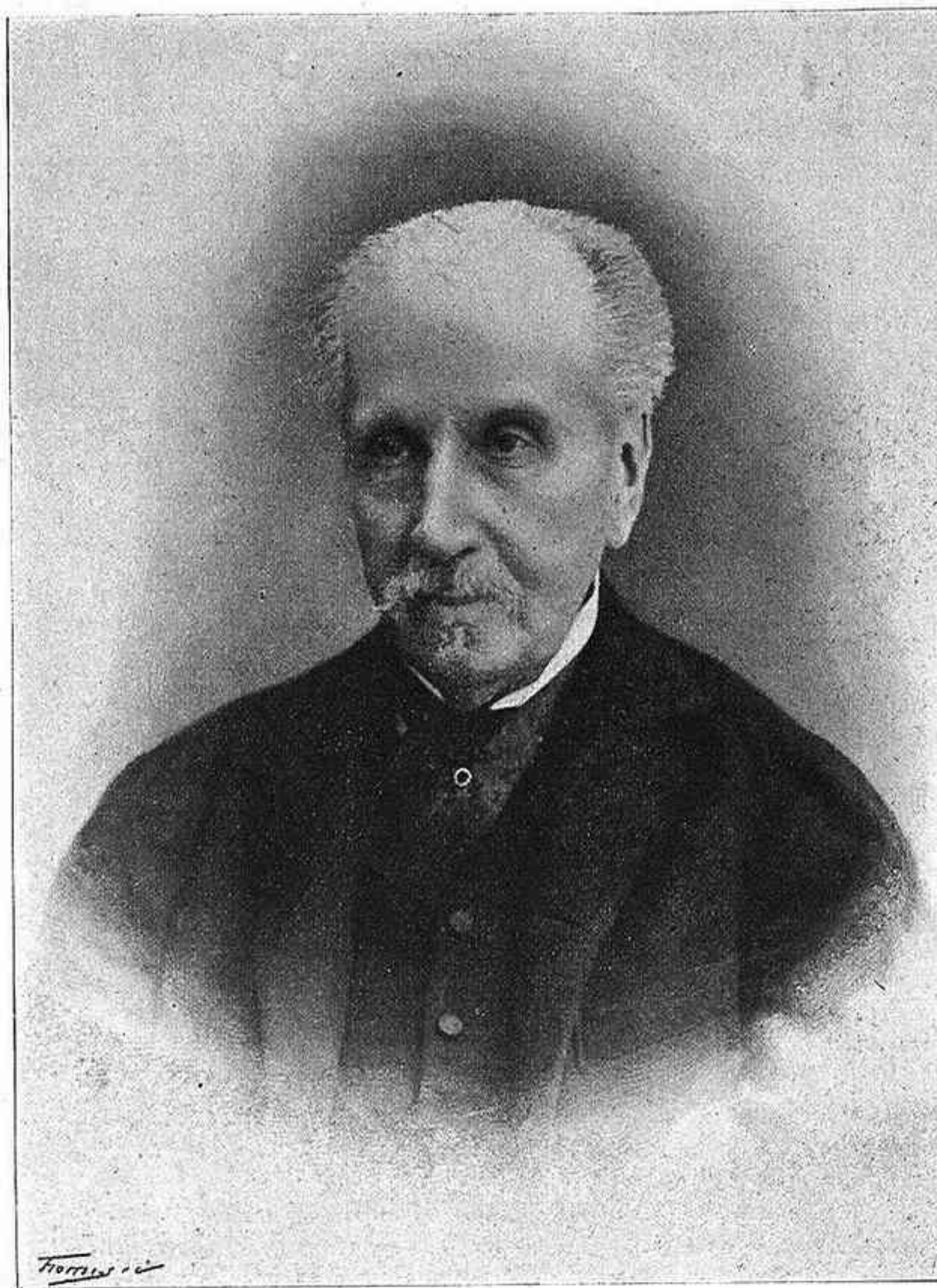
Hay hechos y sucesos insignificantes, ínfimos, en su escenario, en su trascendencia, en todo, que para la generalidad de los espectadores son sainetes, divertidísimos espectáculos, mientras que para otros revisten las proporciones de un drama y dejan para muchos días amargas horas en el fondo de su corazón.

Hoy ha sido un mal día para mí. A pesar del sol alegre, de la luz diáfana y de los primaverales efluvios que llenaban la atmósfera, he vuelto á mi casa muy triste y sintiendo una invencible repulsión hacia la innoble colmena humana.

Os vais á reír de la causa de mis desilusiones y de mi disgusto; pero ¿qué queréis? ¿Se han de medir las sensaciones por la magnitud de las luchas que las producen? Cada cual siente á su manera. El desastre de Waterloo no arrancó una lágrima al gran capitán del siglo... Al despedirse de Josefina, lloró.

Yo también, sin ser Napoleón, he estado á punto de llorar hoy de lástima, de indignación y de vergüenza, al contemplar á ese ser que á sí propio y con modestia que le honra se ha dado el título de *rey de la creación*, castigar, martirizar, complacerse en los dolores y en la agonía de esos otros pobres seres, mal llamados irracionales, que tienen la desdicha de caer bajo su férula.

Un cochero de punto dominaba como desde un solio, desde lo alto de su pescante, una multitud regocijada y alborotadora, que coreaba con sus risotadas y dicharachos los juramentos del automedonte y el restallar de su fusta sobre los escualidos lo-



S. M. el Rey D. Francisco de Asís de Borbón, fallecido en Epinay (París) en 17 de abril último. (Dé fotografía de Marius Neyroud, de París)

mos del pobre caballo, impotente para arrastrar el vehículo.

El miserable solípedo resoplaba con violencia, hacía esfuerzos por arrancar, y á cada esfuerzo, siempre inútil, la fusta trazaba en su piel sudorosa un surco de sangre.

Se desplomó el caballo, rendido, jadeante, ahogado. El cochero, congestionado de rabia, cayó sobre él, y á patadas, á latigazos, quiso levantarlo... El pobre animal lo miraba con mirada tan dulce, tan compasiva, tan humilde, que parecía pedir perdón. Hasta creí que en aquellos ojos había una lágrima.

¡Una lágrima!.. No la vi en los ojos hambrientos de crueldades de aquella imbécil patulea de reyes de la creación que rodeaba al pobre moribundo.

Cien pasos más allá, en una plazuela, debía ocurrir algo grave.

La gente corría, se agolpaba formando círculo. Del centro de aquella aglomeración brotaban, entre un sordo rumor de colmena, gritos salvajes, gritos de guerra é interjecciones.

Me aproximé. Era lucha de perros. Los respectivos dueños estaban allí cerca para azuzarles y hacer que no se apagaran sus ardores. Los canes se habían mutuamente trabado con sus formidables colmillos. La sangre corría abundante, manchando sus maltratadas pieles. Sus bocas estaban espumosas; sus ojos encendidos.

Entre la gente aglomerada en torno de los luchadores, se cruzaban apuestas. Los perros, enfurecidos, mordían y callaban.

La gente aullaba.

Me aparté con ira, buscando un agente de la autoridad; no lo encontré, como era lógico, y huí de aquel sitio, yendo á dar por mi desdicha en una calleja, donde un misero gato, refugiado entre los hierros y las maderas de una reja, sufría los combates de una horda de bípedos, que con palos, con escobas y con piedras lo hostigaban.

El felino bufaba, con el pelo erizado, y se ponía de uñas; y todo esto..., ¡qué encanto, qué placer pro-

ducía en aquel ilustre senado de atormentadores!

He visto más, mucho más, en mi infausto paseo por la ciudad. He visto lo bastante para que se arraigue en mí la convicción, hace tiempo adquirida, de que lo peor de la creación, el resumen de todas sus imperfecciones y de todas sus fealdades, es el hombre..., con excepciones, sin embargo, porque no todos somos iguales, por más que digan, y resulta un insulto sangriento eso de que haya seres bípedos ó simplones que tengan derecho á llamarnos prójimos.

He vuelto á casa y han salido á recibirme á la puerta Chiquirriqui y Totó.

Chiquirriqui, mi hermosa gata rubia y blanca, que sonsonando me daba topetazos y se restregaba, arqueando el lomo, contra mis piernas... Totó, mi grave y pacífico Terranova, que sacudiendo sus negras lanas y poniéndome las manazas en el pecho, á pique de tumbarme, quieras ó no me ha dado una lengüetada en la mejilla.

Chiquirriqui y Totó se han sentado frente á mí, con mucha gravedad en la actitud, con mucho cariño en la mirada y hemos hablado.

Los ojos verdes de la gata, los ojos azules del perro, tienen palabras, palabras de cariño, de fidelidad, de abnegación.

— Venid acá, amigos míos, les he dicho acariciando sus cabezas que descansaban sobre mis piernas. Venid acá, vosotros sois mejores; vosotros arañáis y mordéis porque os obligan... El hombre araña, muerde, mata y calumnia, que es peor, porque sí, por distraerse, por *sport*. Venid acá, amigos míos, y envaneceos si la vanidad cabe — que lo dudo — en vuestros inteligentes cerebros... Valéis más que el rey de la creación.

A. SÁNCHEZ RAMÓN.

S. M. EL REY D. FRANCISCO DE ASÍS DE BORBÓN

El rey D. Francisco de Asís, que ha fallecido hace poco en Epinay, nació en 13 de mayo de 1822 en Aranjuez, en donde se hallaba la Corte de jornada. Fueron sus padres el infante D. Francisco de Paula y la infanta D.^a Luisa Carlota que tan decisiva influencia ejerció años después en los destinos del país y á cuya entereza de carácter debió en primer término la corona la reina D.^a Isabel, que luego había de ser la esposa de su hijo.

El infante D. Francisco fué sin duda el predilecto de su augusta madre, que bastante antes de que D.^a Isabel II estuviera en estado de contraer matrimonio y cuando ni en el gobierno ni en las cancellerías había comenzado á agitarse esta difícilísima y complicadísima cuestión, soñó con enlazar á su hijo con la heredera de Fernando VII, y puso en juego para conseguirlo todos los grandes recursos de que entonces disponía por su posición, su talento, su carácter atrevido y emprendedor y la indiscutible influencia que ejerció durante toda su vida.

Fracasado el proyecto de casar á la reina con el archiduque Federico Fernando, hijo del archiduque Carlos, siendo imposible llevar adelante la idea apenas esbozada del enlace de D.^a Isabel con el hijo de D. Carlos y no pudiéndose armonizarse los deseos de Francia que patrocinaba la candidatura del conde de Trápani con los de Inglaterra inclinada á la del príncipe Leopoldo de Sajonia-Coburgo, quedaron reducidos los candidatos á los dos hijos de D.^a Luisa Carlota, D. Francisco de Asís, duque de Cádiz, y D. Enrique, duque de Sevilla. A pesar de que á este último le apoyó Inglaterra, el triunfo fué para su hermano, haciéndose la boda en Palacio, el 10 de octubre de 1846, al mismo tiempo que la de la infanta D.^a Luisa Fernanda, hermana de D.^a Isabel II, con el duque de Montpensier.

Más aficionado á la literatura y á las bellas artes que á la política, D. Francisco intervino muy poco en la cosa pública, habiendo sido, como su regia consorte, víctima de las intrigas y de las luchas de los partidos que produjeron la revolución de 1868.

Consumada ésta, vivió en París en el Bois de Boulogne hasta que se retiró definitivamente á su hotelito de Epinay. Después de la Restauración, sólo volvió á su patria en muy contadas ocasiones y siempre por muy pocos días: la última vez que estuvo en España fué en mayo de 1892, en que pasó una corta temporada en la Granja.

En Epinay vivía absolutamente retirado, alejado por completo del movimiento de la sociedad, rodeado de un número escaso de sus íntimos, libre de todo rencor, pues jamás se quejó de los hombres ni del destino, y soportando las tristezas del destierro con la mayor dignidad. Muy creyente y no menos piadoso, se le estimaba mucho por su manera tan generosa como discreta de ejercer la caridad.

El hotel en que residía se levanta en el centro de un hermoso parque que se extiende hasta la orilla del Sena, y en él había reunido hermosas colecciones y especialmente algunos tapices procedentes de la gran época de la fábrica de los Gobelinos.

Era el rey D. Francisco hombre sumamente instruido, de inteligencia despejada y afable trato, y cuando hablaba de España se animaba y había en su acento la amargura de la forzosa ausencia y la dulzura del cariño á la patria. En ésta habría querido vivir siempre y morir, pero no lo permitió la razón de Estado, que se sobrepone á todos los afectos, aun á los más íntimos.

¡Descanse en paz el que fué un día rey de España! — R.

EN LA FERIA DE SEVILLA

Los forasteros que este año nos han honrado con su visita habrán tenido ocasión de comprobar por sí propios que nada ha exagerado la fama con los relatos hechos por ella de una de nuestras más típicas fiestas; pues en el presente la Naturaleza y los hombres han puesto de su parte todo lo posible por aumentar sus esplendentes atractivos.

Por lo general, en estos días el sol suele acariciarnos demasiado, y tales caricias, que los sevillanos soportamos casi sin darnos cuenta, fatigan y molestan á los extraños, no acostumbrados á ellas; viéndoseles buscar las sombras de las casetas y de los árboles para esquivarlas.

Este año, por fortuna, hemos disfrutado de una delicio-

En el testero llamaba la atención un antiguo cuadro de la Virgen con barroca moldura, y debajo una alacena con sus puertas de celosías, destinada al taller, mueble andaluz por excelencia, en el cual, durante el verano, se guardan las famosas alcarrazas ó tallas de blanco barro de la Rambla, cuya cualidad de poroso enfría el agua notablemente.

Farolas y faroles de hojalata con sus enormes candilejas, jaulas de todas formas y tamaños con canarios y verdones, pendían del techo y de las paredes.

En el centro del salón había una gran mesa con sus riostras de hierro, encima de cuyo tablero veíanse alcarrazas y jarros vidriados de Triana y Talavera y un monumental velón de metal amarillo, de los que hicieron famoso al artífice constructor de ellos Manolito Gázquez, con sus mecheros en forma de cabezas de toscos leones, su mástil salomónico y por remate la imagen de San Miguel.

Arcos peraltados sostenidos por ligeras columnas daban vista al patio, en que se hallaba establecida la buñolería, servida por un numeroso grupo de gitanas, la cual vióse concurridísima, especialmente por las mañanas.

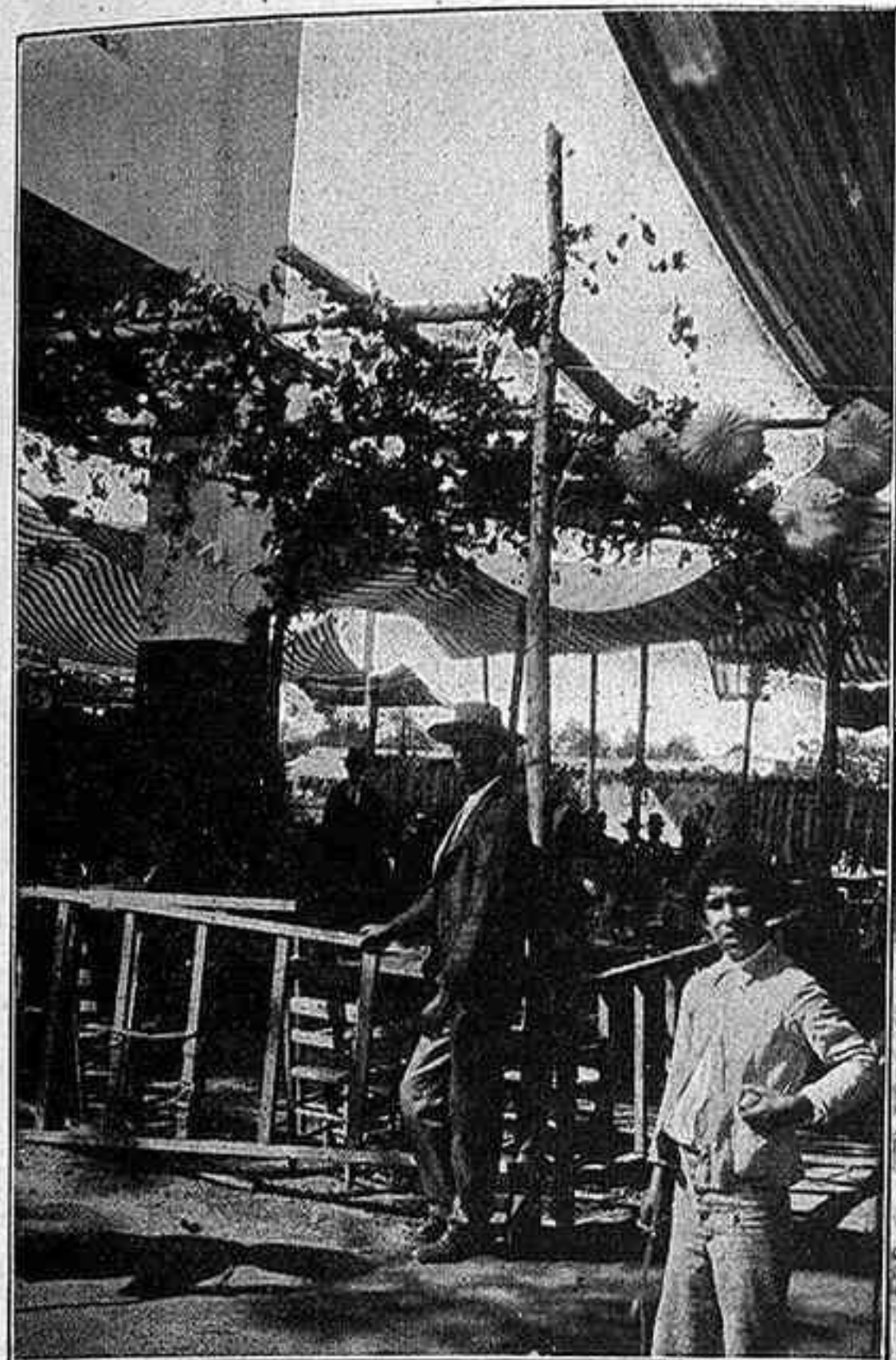
Allí, bajo pintoresco emparrado, formábanse alegres tertulias, animadas por las frases picarescas y oportunistas de las gitanillas servidoras.

Dentro de esta instalación levantóse también otra caseta, en la que se sirvió leche y chocolate, que estuvo también muy concurrida.

* *

Por las noches amenizaba la numerosa reunión una orquesta de bandurrias y de guitarras, que ejecutaron aires andaluces.

Las escenas que tuvieron lugar durante los tres días de Feria en estas instalaciones, no caben en los límites de una breve crónica como



Buñolerías y cantinas



La caseta del Centro de Bellas Artes



Interior de un café

sa temperatura; pues sólo de vez en cuando brillaba el sol cuando las nubes se desvanecían, dejando ver trozos del cielo azul purísimo y diáfano.

No es extraño, pues, que durante los tres días puede decirse que la animación no ha decaído un momento, y la muchedumbre de gentes ha sido tan extraordinaria, que costaba trabajo transitar por las anchas vías de los paseos, y en cuanto á las destinadas á los carruajes ocurría lo mismo, hasta el punto que tenían que detenerse largos ratos en su marcha para dar entrada á los que incesantemente iban llegando.

Las casetas de buñoleras y cantinas, los cafetines y cinematógrafos, las fieras, fenómenos y figuras de cera, los Tíos-vivos y circos, han hecho seguramente gran negocio, ofreciendo el vasto campo de San Sebastián un indescriptible conjunto, ya en las partes destinadas á diversión, como en las ocupadas por los ganados, que en extraordinario número han acudido.

* *

Dos novedades se han ofrecido este año dignas de llamar la atención. La Caseta popular y la establecida por el centro de Bellas Artes.

La primera ha venido á satisfacer una necesidad y á aumentar los atractivos de la Feria, pues con muy buen acuerdo de la alcaldía se dispuso su construcción, destinándola al público todo, para que tuviese donde descansar y divertirse.

En ella reuniéronse, pues, centenares de criaturas, resaltando en el conjunto los brillantes colores de los mantones de Manila, que constituyen la gala más rica de la mujer sevillana.

Allí se bailó y se cantó, y el pueblo tendrá desde ahora en su caseta propia un lugar de cita, que seguramente en los años venideros será uno de los centros más típicos en que los aficionados podrán estudiar nuestras costumbres populares.

En cuanto á la caseta instalada por el centro de Bellas Artes, dirigida por su ilustrado y diligentísimo presidente D. Andrés Parladé, merece capítulo aparte.

Representaba un ventorrillo andaluz. Su fachada formábalas una galería baja, y en la parte de la derecha un cuerpo superior con su balconcillo que imitaba un resto constructivo del siglo XVI perfectamente caracterizado. Tenía su guardapolvo, enjutas de polícromos azulejos, pilastras resaltadas de estilo gótico, celosías, todos los detalles, en fin, del risueño y originalísimo estilo mudéjar.

En cuanto á la planta baja, ofrecía en la misma fachada dos grandes vanos, cuyas cajas umbrales imitaban talladas viguerías platerescas, sostenidas por robustos canes moriscos.

A la izquierda del espectador, llamaba la atención un detalle muy artístico, el de una ventanita gótica con su celosía, y pendientes de la reja, macetas de claveles, no faltando el detalle de una jaula de cañas en que cantaba un jilguero.

El interior de este vestíbulo tenía su techo de viguería y de azulejos, zócalos de lo mismo y los muros enjalbegados de blanquísima cal.

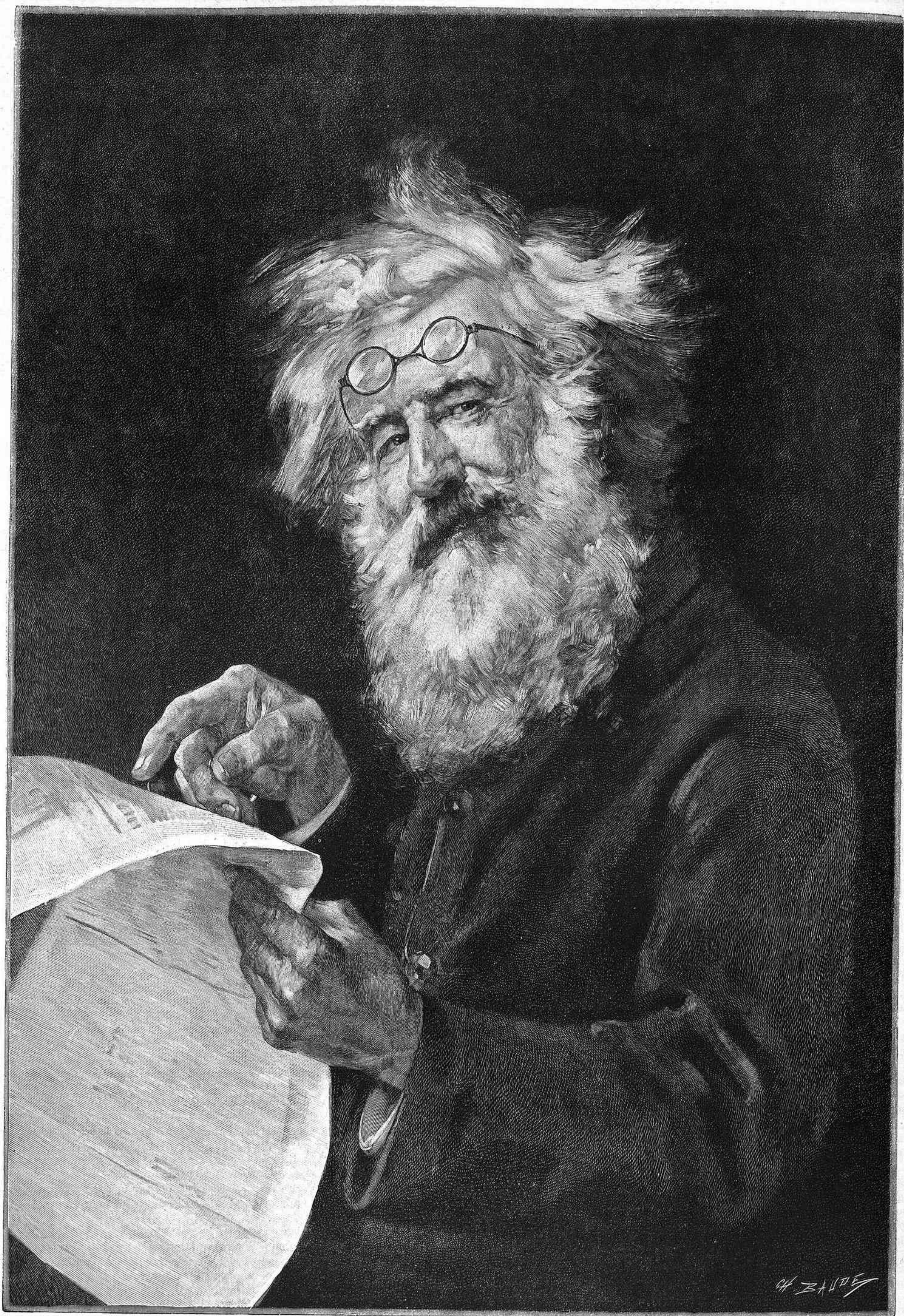
la presente. A cada minuto variaba el aspecto del conjunto, en todas partes reinaba la alegría y el buen humor, y aristócratas y plebeyos y gitanas y artistas, confundían sus aspiraciones en una sola, que era la de divertirse.

Bien puede estar satisfecho el centro de Bellas Artes de Sevilla y su presidente el Sr. Parladé por haber ofrecido á los feriantes un punto de reunión tan ameno como pintoresco, y es seguro que en los años venideros habrá de alcanzar mayor auge esta instalación, la cual todavía se presta á ser enriquecida con otros detalles que contribuyan á determinar aún más su carácter andaluz.

En cuanto al aspecto general que ha ofrecido este año la feria, ha sido el de siempre, y ocioso nos parece, por ende, describirlo. Los que alguna vez han visitado Sevilla en estos días, no necesitarán que se les describa, porque el espectáculo que en otra ocasión presenciaron es de aquellos cuyo recuerdo jamás se borra, y por consiguiente fácil les será reconstruir la fiesta de hoy con los elementos que ayer acumularon en su memoria y con las impresiones que quedaron grabadas en su corazón.

Y por lo que hace á los que nunca han estado en esta ciudad en días tan señalados, es imposible que por una mera descripción puedan formarse idea, ni siquiera aproximada, de lo que es la feria sevillana: las esplendideces de este sol, la limpidez de este firmamento, la transparencia de esta atmósfera, los aromas de este aire perfumado, la hermosura de estas mujeres, las melodías de estos cantos, las voluptuosidades de estos bailes; en suma, esta riqueza de colores y armonías, esta exuberancia de vida, forman un conjunto maravilloso que la pluma y aun el mismo pincel no pueden reproducir: para comprenderlo es preciso presenciarlo, respirar este ambiente, embriagarse con este despertar de la naturaleza y participar de esta explosión de alegrías y placeres. - X.

Sevilla. Abril de 1902.



UN BUEN ARTÍCULO, cuadro de L. A. Tessier

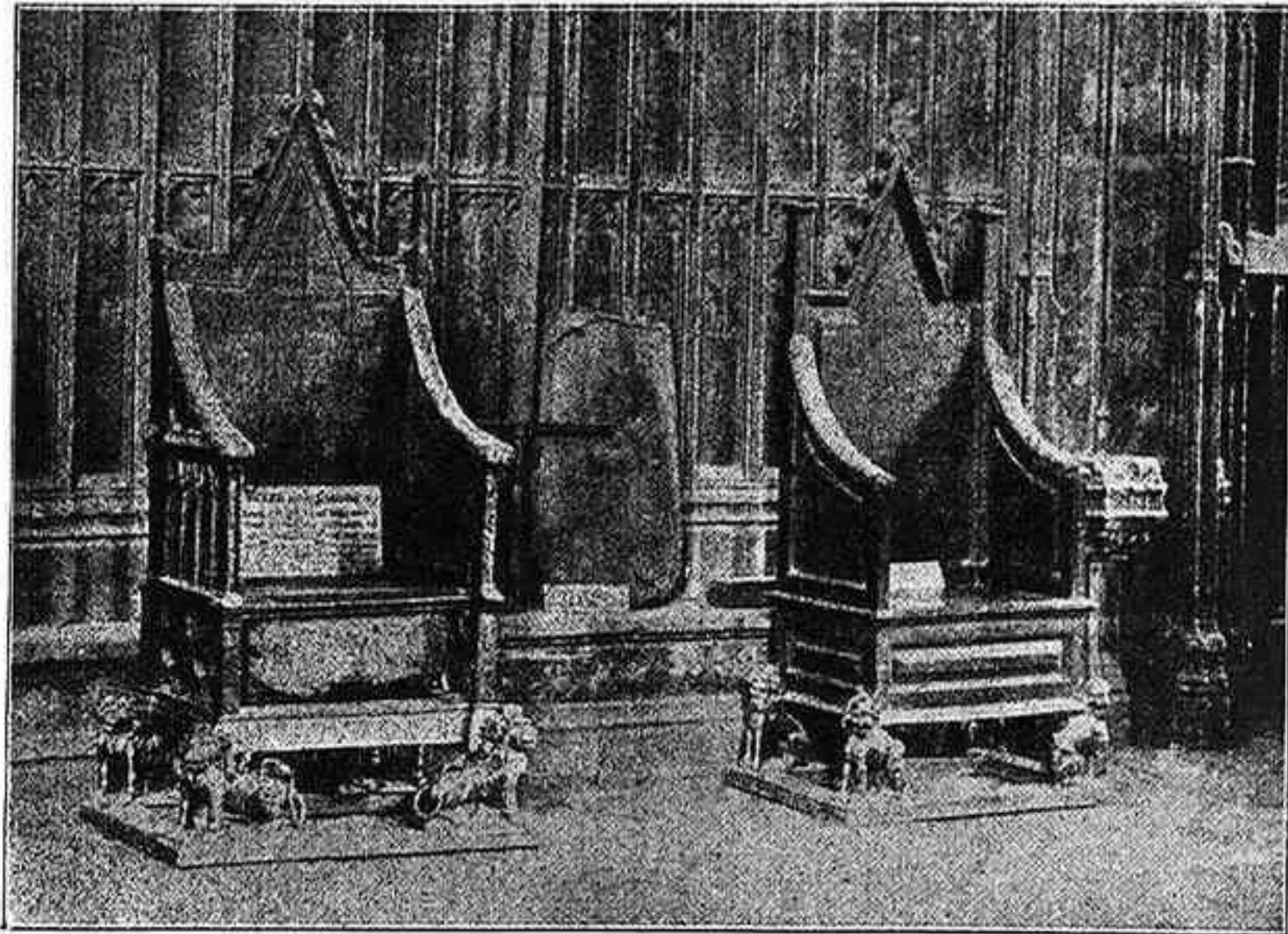


ATENEU DE
BIBLIOTECA
MADRID

INOCENCIA, cuadro de H. Frauendorfer

NUESTROS GRABADOS

Sillones que han de servir para la coronación del rey Eduardo VII de Inglaterra.—Estos sillones se encuentran en la abadía de Westminster; el de la izquierda ha de servir para la coronación del rey y ha sido utilizado en las coronaciones de los soberanos ingleses desde hace 600 años. Debajo del mismo se ve la famosa piedra sobre la cual eran coronados los monarcas de Escocia y que fué llevada á Inglaterra por Eduardo I en 1296. El otro sillón, en que ha de sentarse la reina para ser coronada, fué construído para la reina María en 1689 y lo usó por última vez la reina Adelaida en el año 1831.



SILLONES DE LA ABADÍA DE WESTMINSTER que han de servir para la coronación del rey Eduardo VII de Inglaterra

Joven mallorquina, cuadro de Félix Mestre. (Salón Parés).—Resultado de su última excursión á las Baleares es el hermoso lienzo á que nos referimos, trasunto fidelísimo del natural. El tipo de la joven mallorquina, encuadrado en el blanco rebocillo, está naturalmente inspirado en el distintivo y característico de esas bellísimas palmesanas, que tanto sorprenden al que á su hospitalaria ciudad llega, puesto que ofrece un conjunto de rasgos que se armonizan de modo admirable, por más que puedan parecer antitéticos: la delicadeza de líneas con el vigor de una raza privilegiada.

El joven pintor, en cuya ejecutoria artística hállanse escritos varios premios noblemente alcanzados y el título de profesor de la Escuela Provincial de Bellas Artes, ha dado nuevas y fehacientes muestras de su valía en la exposición de algunas de sus obras efectuada recientemente en el Salón, de las que formaba parte el cuadro que mencionamos.

Dimitrij Ssergieuitch Ssipjagin.—El ministro del Interior de Rusia asesinado en 15 de abril último, nació en 1853. Terminados sus estudios en la Universidad de San Petersburgo, entró en 1876 al servicio del Estado y fué en 1882 miembro del Senado director (Tribunal Supremo). En 1886 nombrósele vicegobernador de Charkoff; después lo fué de Curlandia, y en 1891 pasó á desempeñar el gobierno de Moscú. En 1894 entró en el ministerio del Interior, siendo nombrado ministro en 1.º de noviembre de 1899; antes había sido presidente de la Cancillería para la recepción de memoriales dirigidos al emperador, y en este cargo tuvo ocasión de conocer los deseos y necesidades del pueblo ruso, siendo entonces muy elogiado por su celo y por su bondad.

Un cuento interesante, cuadro de J. J. Shannon.—Y tan interesante como debe ser el cuento cuya lectura escuchan esas dos niñas! Su actitud y la expresión de sus caras demuestran claramente la atención con que siguen el relato de maravillosas aventuras, y en sus miradas se refleja el proceso de sus infantiles imaginaciones y las sensaciones de sus almas, que se identifican con los héroes de la narración, comparten sus penas y sus alegrías, y desean llegar al final para gozarse en el castigo de los malos y en el triunfo de los buenos.

Un buen artículo, cuadro de L. A. Tessier.—Este hermoso busto del celebrado pintor francés puede considerarse como modelo, no sólo de factura, sino que también de expresión: contemplando la cara del lector, no hay necesidad de mirar el título del cuadro, pues desde luego se advierte la satisfacción que en aquél ha producido la lectura del artículo periodístico. Conseguir este efecto, hacer que la obra diga por sí sola lo que es, lo que el autor ha querido significar con ella, es el mayor triunfo para un artista.

Inocencia, cuadro de H. Frauendorfer.—Todo en este cuadro del notable pintor alemán Frauendorfer responde admirablemente á la idea que en él ha presidido: la figura de la niña, su bellísimo rostro, sus ojos dulcísimos, su actitud, las flores que lleva en la mano y la misma tonalidad

del lienzo, todo se ajusta á la hermosa noción que traduce la palabra *Inocencia*.

Julio Dalou.—Este notable escultor, recientemente fallecido en París, nació en 1838 y fué discípulo de Abel de Pujol, Duret y Carpeaux. Sus primeros envíos al Salón de 1851 no tuvieron importancia, y aun después del éxito obtenido en el de 1870 con su *Bordadora*, siguió siendo poco menos que desconocido. Nombrado subdelegado de Bellas Artes durante el sangriento período de la *Commune*, logró salvar las colecciones artísticas del vandalismo de los revolucionarios, prestando inmensos servicios: á pesar de ello, hubo de refugiarse en Inglaterra, en donde trabajó con éxito en su arte. Repareció en el Salón de 1873, y desde entonces su notoriedad fué tan rápida como justificada, habiendo expuesto sucesivamente el alto relieve *Mirabeau* y *M. de Dreux-Brézé*, el proyecto de monumento á la gloria del Trabajo, el *Triunfo de Sileno* y el *Monumento á Victor Noir*, obras de vigorosa concepción y de significación grande. Actualmente estaba trabajando en un grandioso monumento á Gambetta para la ciudad de Burdeos. Dalou es considerado, con razón, como una de las personalidades más importantes del arte escultórico francés contemporáneo. Un crítico francés ha dicho de él: «Había extrañas oposiciones en aquella naturaleza de demócrata ardiente de carácter autoritario é imperioso, muy sencillo en sus costumbres y que perseguía un ideal artístico noble y fastuoso. Seducido por el énfasis de la alegoría, decía—resumiendo de este modo las contradicciones que sorprenden en su talento—que la misión del porvenir sería poner al servicio de la democracia toda la pompa brillante del arte del siglo de Luis XIV.»

Lavanderas, cuadro de Juan García.—Hermano del eximio pintor sevillano J. García Ramos, es el autor del cuadro que reproducimos en estas páginas uno de los artistas de aquel privilegiado país, que ha logrado distinguirse, al igual que su hermano, en la representación de tipos, escenas y cuadros de costumbres, que galanamente retratan el modo de ser de aquella región, que tantos atractivos ofrece. El bonito lienzo á que nos referimos, copia uno de los temas que al pintor ofrece el bellísimo pueblo de Alcalá de Guadaíra, en el que han hallado los artistas sevillanos asuntos inagotables para producir esos preciosos cuadros, tan justamente apreciados por los aficionados y coleccionistas.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—DRESDE. — La Galería de Pinturas de Dresde se ha enriquecido con una valiosa donación, la del célebre cuadro de Arnoldo Bocklin *Día de verano*, que hasta ahora había pertenecido á un particular de Berlín. Dícese que el donador del cuadro es el rey Alberto de Sajonia, el cual ha pagado por el lienzo 80.000 marcos (100 000 pesetas).

ATENAS. — La comisión arqueológica de Atenas ha resuelto la reconstrucción del Erecteion en el Acrópolis.

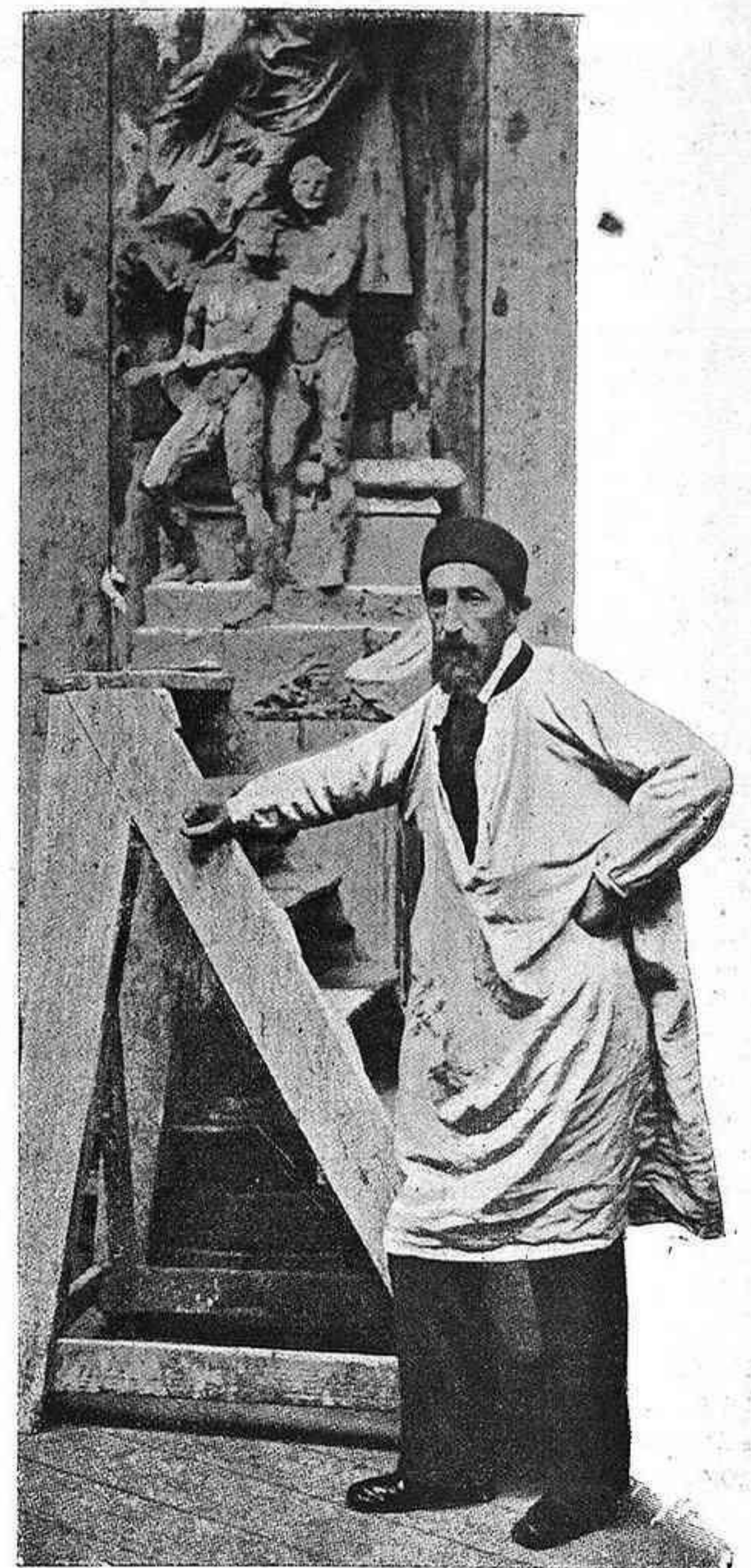
Teatros.—En Berlín se ha estrenado con gran éxito por la compañía de Coquelin el mayor la comedia de Rostand *Cyrano de Bergerac*.

— En Bukarest se ha estrenado con gran éxito un nuevo drama, *Maiora*, de la reina de Rumanía (Carmen Sylva).

Barcelona. — Se han estrenado con buen éxito: en Romea *El jochs florals de Caraprosa*, comedia satírica en un acto de D. Santiago Rusiñol; y en el Eldorado *La venta Eritaña*, zarzuela en un acto y tres cuadros de D. Francisco Alfonso y D. Camilo Millán, música del maestro D. Federico Alfonso. En el Principal ha dado una corta serie de funciones una discreta compañía de declamación francesa, de la que formaban parte la primera actriz Mlle. Jane Even y el primer actor M. Valmont. En Novedades la Asociación Musical de Barcelona ha dado, bajo la dirección del maestro Lamothe de Grignon, un notable concierto, en el que tomó parte el famoso violinista Hugo Heermann, director del célebre cuarteto de Francfort, el cual consiguió una ovación tan grande como merecida por la maestría con que ejecutó varias piezas, entre ellas un concierto de Beethoven.

París. — Se han estrenado con buen éxito: en el Odeón, *Les trois glorieuses*, comedia en cuatro actos de G. Lenotre; en el Palais Royal, *Family Hotel*, vaudeville en tres actos de E. Heros y E. Millon; en el teatro Antoine, *Coeurs vernis*, comedia en cuatro actos de M. Marcel y M. Lauras; y en Nouvelés, *La princesse Bébé*, opereta en tres actos de Pedro Decourcelle y Jorge Beer, música del maestro Varney.

Necrología.—Han fallecido: Godofredo Emilio Schuback, pintor de historia y de género alemán. Koloman Tisza, notable estadista húngaro



JULIO DALOU, notable escultor francés, fallecido en París en 15 de abril último

Alejandro Neustrojew, notable bibliógrafo de San Petersburgo, que hizo en vida cuantiosas donaciones á las bibliotecas públicas de Rusia.

J. Weber, reputado crítico musical francés, redactor del *Temps*, de París.

Francisco Reiff, pintor de historia alemán, profesor de la Escuela Superior Técnica de Aquisgrán.

Aureliano Scholl, escritor francés, autor de multitud de notables novelas y obras dramáticas.

Juan Pablo Flandrin, pintor francés, uno de los decanos del arte en Francia.

Hernán Plathner, pintor alemán, uno de los últimos representantes de la antigua y famosa escuela de Dusseldorf.

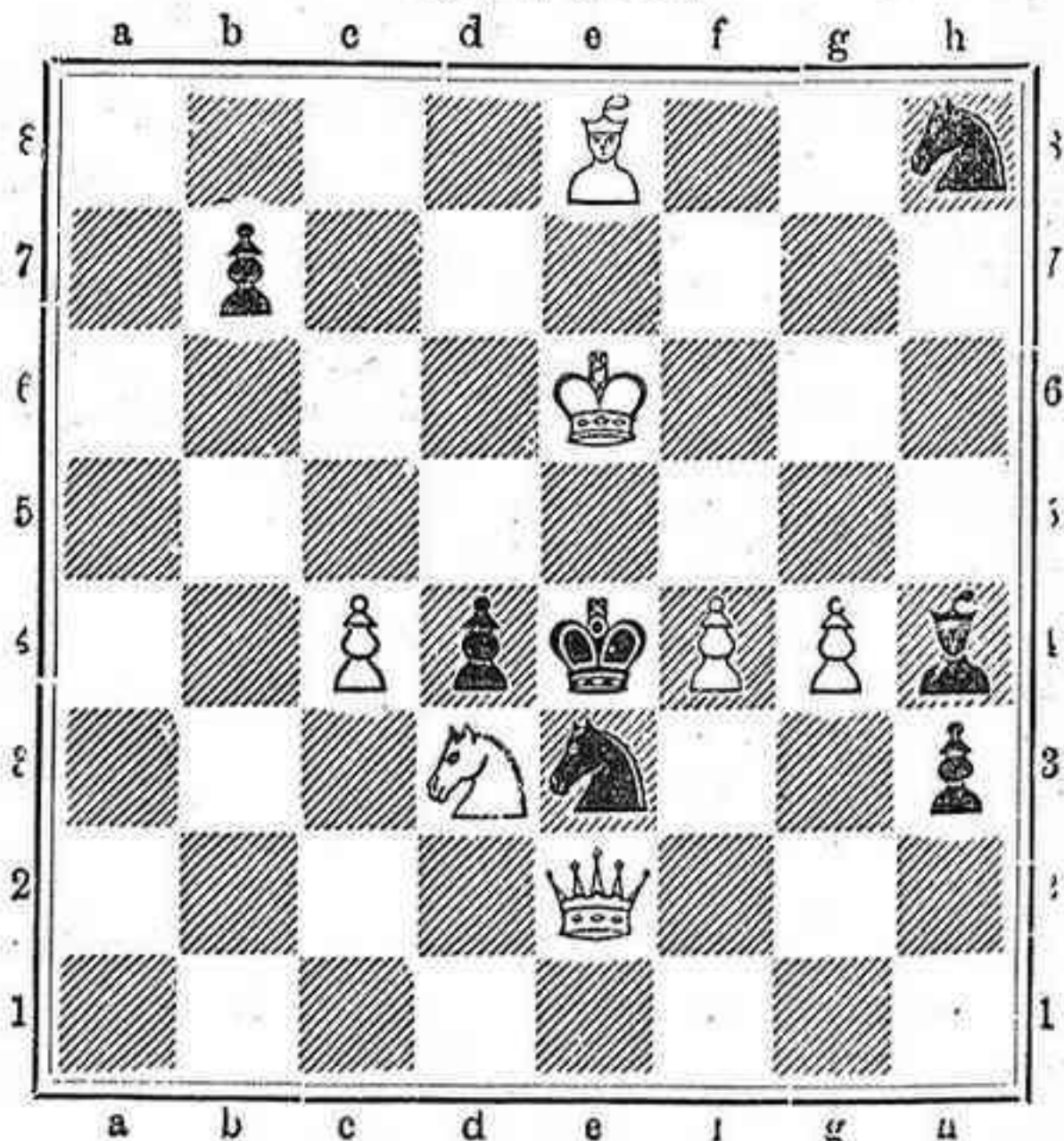
Carlos Potrin, escritor belga, miembro de la Academia de Ciencias y Bellas Artes de Bélgica y conservador del Museo Wiertz.

Carlos Constantino Tigerstedt, historiador y filólogo finlandés, ex profesor de Historia de la Universidad de Helsingfors y catedrático de Sueco clásico en el Liceo de Abo.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 280, POR D. PAP.

Negras (7 piezas)



Blancas (7 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en cuatro jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 279, POR A. GREENWAY.

- | | |
|-------------------|----------------|
| Blancas. | Negras. |
| 1. Dc3—f3 | 1. Cualquiera. |
| 2. C, T ó D mate. | |



DIMITRIJ SSERGIEWITCH SSIPJAGIN, Ministro del Interior de Rusia, asesinado en 15 de abril último

LA DOTE DE PASCUALINA

(AU COIN D' UNE DOT)

NOVELA DE LEÓN DE TINSEAU. - ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

- Hablo poco, y la gente se ha acostumbrado á creer que pienso poco también. Pero ¿de qué hablar? Cada cual cuenta sus aventuras, sus triunfos, sus proyectos. Pues bien: á mí nunca me ha sucedido nada de interesante; no he triunfado en nada, y nada espero del porvenir.

Andando habían llegado á la zona peligrosa del Bosque, es decir, al sitio en que el *dog-cart* del señorito Carlos podía aparecer por una lastimosa casualidad. Y Codoero temía siempre las casualidades lastimosas. Lo menos que podía sucederle, si era sorprendido en compañía de una mujer, era ser ridiculizado por Beltrana, y hasta por su hijo. Sacando el reloj, fingió tener una cita y se separó de su compañera, no sin haberle preguntado, poniéndose colorado hasta las orejas, si salía «alguna vez» á dar su paseo á la misma hora.

- Sí, sí, contestó ella. ¿Quiere usted que lo repitamos mañana? Después de todo, ya usted ve que no es tan difícil hablar.

Codoero se daba cuenta de ello con inmensa alegría. Desde hacía una hora, sentíase otro hombre. Tenía una amiga, que le comprendía, y que, probablemente, adivinaba muchas cosas de su existencia. El excelente hombre se sonrió al pensar que, por primera vez, tenía un secreto en que se hallaba mezclado el nombre de una mujer.

«Esta es la primera infidelidad que hago á Guillermo Popinot,» pensó Bucilly.

Y aquella misma tarde, tomándo sus habituales precauciones, fué á confesarse de ella á su viejo amigo, que le dió mucha broma sobre su «chica.»

Codoero se indignó contra esta expresión.

- ¿Pues cómo quieres que la llamemos?, le preguntó el doctor. ¿Tu amiga? Los escritores modernos prostituyen esta palabra, usándola en vez de *querida*, por no ofender á los oídos castos.

- Llamémosla mi hija, contestó Codoero.

Pero se interrumpió, y la alegría de su rostro desapareció súbitamente.

- ¡No!, suspiró. Ya conoces mi modo de pensar. Tengo el gran disgusto de no poder desear que esa muchacha se case con mi hijo.

Antes de separarse de Popinot, le comunicó una idea que no le abandonaba desde por la mañana, y que consistía en que su amigo se encontrase con Pascualina.

- ¿Para qué?, preguntó el médico.
- Es verdad, suspiró Bucilly desalentado. ¿Para qué?..
Y se fué á su casa, pensando que esta pregunta,

Océano, se las echan de *snoobs*. Por otra parte, mi independencia exterior desconcierta á los jóvenes parisienses. Desconfían de esta persona extraña que se lanza por entre la muchedumbre, sola con su perro, y se entrega, por decirlo así, sin temor de que la roben como una niña extraviada.

- Voy á contar á usted una historia que le explicará ese fenómeno, dijo Codoero. El siglo pasado, un original se puso un día á ofrecer, en el Puente Nuevo, sendos escudos de seis francos por seis dineros. Los transeuntes miraban las hermosas monedas blancas, nuevecitas, y ufanos de no dejarse engañar, continuaban su camino sin comprar ninguna. Todos pensaban: «Eso es sin duda una engañifa.» Han transcurrido desde entonces muchas generaciones; pero la de usted, lejos de tener más confianza, es más desconfiada todavía, como afirmaba usted ayer.

- ¿Qué vale más? ¿Desconfiar toda la vida ó engañarse alguna vez?

- No sé. Mi vida ha sido tal, que nunca he tenido que elegir. Sin embargo, si quiere usted concederme su amistad á cambio de la mía, no vacilo. Para mí la moneda de plata y para usted la de cobre.

Con un apretón de mano sin palabras se cerró el trato.

Varias mañanas les vieron andar juntos por las avenidas que las heladas de un crudo invierno endurecían. Se reconfortaban uno á otro. Bucilly comunicaba á su joven compañera su experiencia de la vida, su práctica, no completa en verdad, del laberinto parisiense, y hasta ciertos matices de distinción que Pascualina se apropiaba con inconcebible rapidez. De su parte, ella ponía tal vez más; proporcionaba á aquel esposo, á aquel padre no comprendido, el placer de ser escuchado, apreciado y elogiado á veces. Su intimidad llegó á ser gran-

de; pero nunca exhaló Codoero una sola queja contra los suyos. Su amigo Popinot le proporcionaba una de sus materias favoritas de conversación. Un día, Bucilly manifestó de nuevo su deseo, que sobrevivía al «¿para qué?» del rudo médico. Aquel deseo consistía en que su nueva amiga y su camarada de la infancia se conociesen, estimasen y admirasen.

- Porque usted le admirará; no desde el primer momento quizá, porque se mostrará un poco arisco, pero sí en cuanto le haya dejado á usted ver la profundidad de su pensamiento y la extensión de su ciencia. Sería el médico más famoso de París si no



Cogió un largo Colt, que tenía sobre la mesa, y tiró sin apuntar casi

en su dolorosa amargura, podía aplicarse á toda su vida.

El día siguiente tuvo su hora de paseo con la muchacha. Momentos antes de separarse de ella, como la víspera, en la «zona peligrosa,» le preguntó, algo celoso:

- ¿Cuántos amigos, más jóvenes y más divertidos que yo, le escoltarán á usted luego?

- ¿Quiere usted que le confiese una cosa?, dijo riendo Pascualina. Pues bien: yo tengo poca «escolta.» Mi padre frecuenta poca gente. Encuentra que los americanos, tan pronto como han cruzado el

tuviese horror al bombo. ¿Cómo haré yo para que ustedes se conozcan?

— Tráigamelo usted, dijo Pascualina.

Esta proposición hizo poner colorado á Codoero.

— ¡Ay!, balbuceó con penoso embarazo; es que... mi mujer le tiene tirria...; por consiguiente..., usted comprenderá... Si por casualidad...

— Pues entonces vayamos á su casa.

Así fué cómo pocos días después el caballero madero y la joven heredera fueron á sentarse junto á la chimenea de Popinot, que se mostró mucho menos arisco de lo que había pronosticado Codoero. Hasta se excedió, en concepto de Bucilly, pues á la tercera frase declaró que detestaba la América.

— Es un país en que el dinero es antes que todo, lo reemplaza todo, hasta la vanidad que, en muchos franceses, ocupa el lugar de los venerables fantasmas de otros tiempos. Nos ridiculizan por nuestro amor á las condecoraciones. El americano ni siquiera tiene esta reducción, esta caricatura del ideal. Es la única nación en que no se conoce la satisfacción, infantil quizá, pero inmaterial en suma, de circular por entre sus semejantes con una cinta de cualquier color en el ojal.

— Si el dólar es antes que todo entre los americanos, contestó Pascualina sin agitarse, ¿cómo se explica usted que sus muchachos ignoren la vergüenza de los casamientos europeos por interés, y que sus muchachas, cuando son ricas, se casen tan á menudo con franceses pobres, por su título?

La conversación conservó este tono libre, sin que Pascualina se dejase vencer en ningún asunto.

Acabó de conquistar á Popinot hablándole de medicina, con una competencia que revelaba inteligentes estudios. A la hora de separarse, el médico dijo á la muchacha:

— Me ha convertido usted, señorita. Entiéndase que mi aversión á América se ha convertido en terror. Un país cuya enseñanza produce mujeres como usted, ha de absorber tarde ó temprano el resto del mundo.

— Me parece, dijo ella sonriendo, que una cosa debiera tranquilizar á usted, y es que «esta mujer» es francesa.

Bucilly acompañó á la señorita Maugrabin á su cupé y cerró la portezuela, sombrero en mano, lo que divirtió mucho á un señorito cuyo coche pasó casi rozando, inadvertido, el de Pascualina.

Aquel señorito pensó:

«Mi padre ha conservado los buenos modales de 1830. ¿Quién será esa princesa tapada, causa probable de un constipado paterno?»

Así fué que, á mitad de la comida, esta pregunta, hecha bruscamente por Beltrana, despertó á Codoero de una dulce meditación.

— ¿Con quién hablabas esta tarde delante de la puerta de tu amigo Popinot?

— Yo... ¿cómo?, balbuceó el pobre hombre encendido como una grana. ¿Estás segura?... ¿Era un hombre ó una mujer?..

— Si era hombre, sería algún príncipe, pues le hablabas sombrero en mano.

Codoero, viéndose cogido, confesó la verdad, corrigiéndola lo mejor que pudo á fin de no parecer culpable. Encontró á la señorita Maugrabin; hablaron de medicina; ella mostró deseos de conocer un buen doctor...

— Y la llevé á casa de Popinot, terminó Bucilly, sudando la gota gorda.

— ¿Y hasta asististe á la consulta?

— ¡Oh!, protestó Codoero. No hicieron más que hablar, y me quedé á oírlos. Era una pirotecnia. La señorita Maugrabin declara que ha encontrado pocos hombres que le interesen tanto como mi amigo Guillermo.

— ¿Por qué no se case con él?, dijo Carlos mirando á su madre con una mueca de clown.

Después de un final de comida muy silencioso, el señorito salió, según costumbre. Bucilly, una vez solo con su mujer, aguardaba la explosión prevista. Pero también esta vez fallaron todas las leyes de las probabilidades humanas.

— ¿De modo, preguntó Beltrana después de una larga meditación, que tenemos á tu amigo Popinot médico de cabecera de la familia Maugrabin?

— Sí, contestó Codoero. Ya sabes que no es rico. Es demasiado independiente para hacerse una clientela. Sus amigos tienen que encargarse de darlo á conocer. Por eso... yo..

Beltrana, visiblemente absorta en sus propias reflexiones, interrumpió aquella defensa laboriosa.

— Guillermo Popinot, dijo ella, ha sido siempre descortés conmigo.

El cordero, acusado de arrogancia por el lobo, no quedó más asombrado de lo que lo estuvo Codoero en presencia de aquel reproche

— ¡Oh!.. ¿Estás segura?

— Vas á decirme que yo conté demasiado con él.

Tal vez no tuve bastante en cuenta que no hay que exigir de un médico que visita sus enfermos lo que se exige de un hombre de sociedad, que gusta de hacer visitas para matar el tiempo. Hazme el favor de repetir mis palabras á tu amigo.

Codoero, en su asombro, no pudo articular una sílaba. Su muy diplomática esposa continuó:

— Pronto vamos á mudarnos. Apenas instalados, quisiera convidar á comer á algunos amigos íntimos. Aprovechemos la mudanza para restringir nuestras relaciones.

— Necesitamos hacer grandes economías, apoyó Bucilly. Por esto la nueva casa me gustó...

— Mi comida, continuó Beltrana sin oírle, sería de nueve personas solamente: tres Bucilly; dos Maugrabin; tu amigo Popinot; Leroy, que es un gran amigo de Carlos; el duque y la duquesa, á fin de acentuar, á los ojos de nuestros caseros, la clase á que pertenecemos.

Codoero, á pesar de que le habían abierto los ojos sobre los proyectos de su mujer, no la creía entrada ya en el período de acción. Sin comprender que se trataba de una maniobra de cerco, él objetó:

— Está bien. Pero Leroy no ha visto nunca á Popinot; ni uno ni otro se han encontrado jamás en sociedad con los duques; y Pascal Maugrabin no sospecha la existencia de ninguna de estas personas.

— Diríase, exclamó Beltrana encogiéndose de hombros, que no comes nunca en sociedad, en París.

IX

Aproximadamente en la época en que Maugrabin principiaba los fundamentos de su Building, una goleta de comercio, procedente del puerto de Freetown, en la costa occidental de África, remontaba el curso del Rokelle. A bordo no había más que negros, á excepción de un mulato, que era el capitán, y un pasajero blanco, natural de Francia, como lo indicaba su nombre, Emilio Candiac.

Este era un joven alto, de aspecto militar, aunque, al tomar pasaje, manifestó ser empleado de comercio. Hablaba poco, á menos que se quiera considerar como conversaciones los diálogos que procuraba entablar con los negros de la tripulación, con el propósito evidente de familiarizarse con los diversos idiomas del país.

A las cálidas horas de la siesta, desdeñaba el sueño para entregarse á la lectura de obras de geografía ó de tratados industriales. La única distracción que parecía agradarle era tirar, con una excelente carabina de Purdie, á los caimanes tendidos en el fango, cuando el barco se acercaba lo suficiente á la orilla del río. Su puntería poco común causaba el asombro de la tripulación de pelo crespo, y hasta del práctico, de color cetrino, condecorado con el pomposo título de capitán.

Cuando las riberas distaban demasiado — las separaba un promedio de media legua, — el joven hacía prodigios con su revólver en blancos improvisados. — ¡Puntería de *cow boy!*, le dijo un día el mulato.

— Tal vez porque he sido *cow-boy*, contestó sencillamente.

Otro día en que, durante una escala, dió una cantidad bastante crecida por una estatuita de piedra, traída dos mil quinientos años antes por emigrantes fenicios, le dijo el capitán:

— Tira usted el dinero como un millonario.

— He sido millonario, dijo Candiac con la misma seriedad.

Y como en otra ocasión, el súbdito de la reina emitiese algunos juicios contaminados de galofobia sobre la «esfera de influencia» en el Sudán, el hábil tirador se le plantó delante, con las manos en los bolsillos, el cigarro en la boca y su casco blanco echado hacia atrás.

— ¡Ojo! He sido sargento de cazadores de infantería, anunció sin ahuecar inútilmente su voz de bajo profundo.

Y el «capitán» abrió el ojo, en efecto, hasta el día siguiente, que fué el día en que Emilio Candiac desembarcó en el muelle rústico de Kamato, á trescientos kilómetros más arriba de la desembocadura del Rokelle. Su equipaje propiamente dicho se componía de una maleta y de la carabina ya mencionada. Pero llegaba con un cargamento considerable de bultos, cajas, barriles y damajuanas, que fué sacado, bajo su inspección, de las estibas de la goleta. Cada uno de los bultos de los fletes llevaba la marca: *Sociedad Francesa de Caucho*. Descargado é inspeccionado todo, ocupóse Candiac en trabar mayor conocimiento con otro francés, gerente de la sucursal, que no parecía alegrarse mucho de la llegada de un compañero.

— Cuando haya pasado usted treinta y dos semanas sin recibir más visitas que las de los barcos de vela del río, dijo el residente al recién llegado, comprenderá la verdadera significación del substantivo *aburrimiento*.

— Tengo la seguridad de que viviremos en buena armonía, afirmó Candiac.

El otro francés, llamado Ernesto Jumonville, contestó con aire sombrío:

— Durante quince días, sí. Luego nos odiamos: efecto del clima y de los nervios. Venga usted á comer algo. ¿Me trae usted periódicos?

— Periódicos, pero no cartas, á excepción de los papeles de la agencia.

— ¡Oh, cartas!.. No recibo nunca. En primer lugar porque nadie se acuerda de escribirme, y en segundo lugar porque no dejé mi dirección á nadie, excelente manera de no verme lastimado en el corazón por la indiferencia de mis amigos.

Era el mes de abril, es decir, que terminaba la estación calurosa. Los dos compatriotas, después de una comida en que faltaban muchas cosas, incluso el apetito, se separaron, el uno para proceder á su instalación y el otro para devorar los periódicos, publicados un mes antes en París. Candiac no llegó á emplear media hora en deshacer su equipaje, en el cuarto de paredes blanqueadas con cal, donde hacía tanto calor, que aquel ligero trabajo le hizo sudar.

Después de haber declinado el sol detrás del bosque inmediato, ambos jóvenes se encontraron de nuevo en el patio. Este se hallaba formado de dos líneas paralelas de tiendas, unidas al fondo por un modesto edificio cubierto de palastro galvanizado, y que servía de albergue á los empleados de la sucursal. El río, cuya anchura tenía más de un kilómetro en aquel sitio, formaba el cuarto lado de aquel cuadrilátero, cerrado en la parte no acuática de su perímetro por medio de un seto de eucaliptus de varios pies de espesor. Sentáronse á la sombra de un baobab, alto como un campanario, que crecía fuera del recinto, sirviendo de domicilio á varias familias de monos, cuyos gritos asordaban.

Después de encender los cigarros, Jumonville empezó un interrogatorio, en el cual, con una buena voluntad que no podía menos de reconocerse, supo conservar una cortés apariencia de discreción.

Como se perdiese en frases más ó menos tortuosas, Candiac le interrumpió con una sonrisa causada por sus esfuerzos:

— Oiga usted, Jumonville... ¿Me permite usted que suprima el tratamiento de *Señor*, que *pega* tan mal aquí como pegaría un sombrero de copa ó un gabán de pieles?

— Cuando ha suprimido uno hasta la camisa, contestó Ernesto acariciando su blanca chaquetilla de algodón, puede suprimir muchas cosas.

— Entonces voy á ahorrar á usted la fatiga de los trabajos de *aproximación*, doblemente penosos bajo esta temperatura. Usted se pregunta lo que todo francés cuando ve llegar á las colonias un compatriota: «¿Qué fechoría habrá obligado á ese infeliz á tomar el vapor?»

— Habla usted como hombre de experiencia, contestó Jumonville riendo. Pero nadie está obligado á contestar á esa pregunta impertinente, y sobre todo, hay derecho á no decir la verdad.

— Naturalmente. Pero yo he conocido, á pesar de todo, algunos originales que la dicen; y sepa usted que yo soy uno de estos. En el sentido usual de la palabra, yo no he cometido ninguna fechoría. Va usted á decir, probablemente, que he cometido al menos una enorme tontería, porque me he separado de un tío mío que poseía más millones que luises tengo yo ahora en el bolsillo.

— Hay muchas maneras de «separarse de un tío», contestó el escéptico Ernesto contando las nervaduras de su abanico de palma. Es como lo de «separarse de una mujer.» La mujer de la cual yo «me separé» para venir aquí, me había echado de su casa...

— Mi tío no me echó de la suya, puesto que casi se arrodilló á mis plantas para impedir que me marchase. Nos encontrábamos en el extranjero; yo iba á cumplir veintidós años. «Déjame prestar el servicio militar, le decía yo. Después volveré. No quiero ser desertor...» No puede usted imaginarse un hombre más furioso. Anuncióme que practicaba diligencias para hacerme naturalizar en el país en que estábamos, á fin de que pudiese yo continuar más fácilmente sus negocios, que me cedería tarde ó temprano, por cuanto no tenía ningún hijo varón. Añadió que, salido de la nada, se lo debía á él todo, lo que era verdad. Sus instancias fueron inútiles. Yo no quería cambiar de nacionalidad. Desde entonces, estamos más reñidos que si me hubiesen condenado á presidio por monedero falso. Mi tío está muy afe-

rrado á sus ideas, y yo á las mías. Ya le había yo plantado una vez por una disputa menos grave. Entonces llevé durante año y medio una vida mucho más agitada que ésta. En un rancho del Texas aprendí algunas cosas buenas, como el manejo del revólver. ¿Ve usted aquel mono, colgado de una rama por el rabo, á cincuenta pasos de nosotros? Va usted á ver.

Cogió un largo Colt, que tenía sobre la mesa, y tiró sin apuntar casi. El mono cayó muerto.

—Será usted, para la Compañía, un empleado precioso á la primera sublevación de los negros, dijo Ernesto maravillado. Pero volvamos á su tío.

—Al contrario, no volvamos. Hace cuatro años que no he visto letra suya, ni de cambio ni de ninguna clase. Estará muy lejos de pensar que me encuentro á orillas del Rokelle, ocupado en matar monos, á falta de otra ocupación. En fin, serví tres años en infantería. Mi jefe fué el primero que tuvo la manía del ciclismo militar, y lo chocante es que mi venida aquí ha tenido por causa una bicicleta.

—¡Mi venida tuvo por causa una bicicleta! suspiró Ernesto. Pero la historia de usted se comprende más fácilmente que la mía.

—Llegamos al epílogo. Como encargado del material ciclista, estaba yo en relaciones diarias con un fabricante de *pneus*, importante personaje que me había cobrado afecto. Un día comí en su casa con dos prohombres de la industria del caucho en Francia. Sabedor de que iba á ser licenciado del ejército, me dijo con una convicción de que hoy participo:

—Amigo mío, no olvide usted lo que le voy á decir: antes de que pase mucho tiempo, todo hombre que lleve un pedazo de caucho en el bolsillo estará seguro de no morir de hambre. Traiga usted mucho al mercado y tiene su fortuna hecha.

—El hombre, continuó Candiác, es el principal accionista del *Caucho francés*. Habiéndole parecido que yo tenía ciertas disposiciones para las aventuras, obtuvo para mí este puesto que, según parece, resulta menos solicitado que el de tesorero general de Francia. Ya conoce usted mi historia como si hubiésemos pasado la vida juntos.

La conversación de los dos hombres recayó súbitamente sobre sus funciones inmediatas. Tres negros con el traje ordinario del país, el largo *bú-bú* de algodón y de mangas anchas, por encima del pantalón corto, de la misma tela, se acercaban cubiertos de sudor y de polvo. Dirigieron á los europeos el *Ali-kum Salam*, y se cuadraron, silenciosos, esperando que les preguntasen.

Emilio Candiác quiso saber quiénes eran aquellos hombres.

—Nuestros *coaxeurs*, contestó Jumonville. Ya sabe usted que *coax*, en inglés, significa *agasajar*. El dialecto negro inglés nos sirve de idioma, necesariamente, en esta posesión británica. El oficio de estos tres hombres consiste en atraer á nuestro establecimiento las caravanas que llegan del interior, cargadas de caucho en bruto. Las compañías rivales hacen lo mismo; así es que los *coaxeurs* tienen necesidad de recorrer el bosque y el río, á veinte leguas de aquí, á fin de que los demás no les ganen por la mano. A ver lo que éstos nos dicen.

Según los informes, había una caravana considerable, compuesta del jefe, sus cinco mujeres, una docena de hijos y veinte trajineros, entre mercenarios y esclavos, que llevaban seis semanas de marcha por entre el bosque. Probablemente llegarían al día siguiente.

—Las mujeres, dijo Jumonville á su colega, llevan á sus hijos demasiado jóvenes para andar. Los vein-

te hombres vienen cargados de caucho en bruto, unos treinta kilos cada uno. El único que no lleva nada es el jefe, y todo el beneficio será para él.

—Es en la empresa, hizo observar Candiác, lo que los accionistas de la Compañía relativamente á nosotros, agentes africanos.

A la mañana siguiente, en efecto, toda la caravana se hallaba en el parador de la factoría, vasta sala, de muros de argamasa de barro y paja y techo de rastrojo, preparada para las recepciones de este gé-

simple coral y pañuelos baratos. En fin, después de haber puesto á disposición de los viajeros otra cesta de arroz y otro cordero, se dieron las buenas noches.

El día siguiente, Jumonville trató de hablar de negocios; pero el jefe se mostró ladino como un normando. No corría prisa. El hombre fingía pensar que tal vez le convendría ir con sus mercancías un poco más abajo, donde, según decían, eran más ventajosos los precios. Gracias á sus habladurías, ganó otras veinticuatro horas de hospitalidad escocesa, con cogucho, ron y tabaco.

El tercer día, por fin, pudieron hablar, y por de pronto, necesitóse una hora para conseguir que se abriesen las cestas. El amo de la caravana aún fingía no estar resuelto.

Aparecieron las bolas de caucho en bruto, grandes como el puño. Unas veinte fueron partidas por la mitad; algunas de ellas contenían piedras voluminosas.

—Es la infancia del arte, dijo Jumonville á su alumno. Andando el tiempo, estos buenos africanos aprenderán á falsificar. Los campesinos franceses metían zanahorias en sus panes de manteca mucho antes de que se hubiese descubierto la margarita.

Faltaba ponerse de acuerdo sobre el precio. La moneda es desconocida en estas regiones; Jumonville ofreció, como de costumbre, un lote de varios objetos, que comprendía todo lo que puede satisfacer á un negro, desde las bujerías de vidrio hasta la scope-

ta de pedernal; pero los tejidos de algodón y las cajas de ginebra, objetos de cambio ordinario entre aquellos pueblos, constituían la parte principal del pago.

—Me encuentro, decía Jumonville á su camarada mientras reflexionaba el jefe, en presencia de la verdadera dificultad de nuestra brillante carrera. Si quiere usted adelantar, es preciso que sea un calculador tan extraordinario como Inaudi. Por un lado, ¿cuánto vale este caucho, ó mejor dicho, estos cauchos, puesto que los hay de diferentes calidades? ¿Qué valen, por otra parte, lo que el vendedor ha comido y bebido, los regalos que se lleva, los que va á extirparnos aún, y finalmente, la pacotilla que le ofrezco? ¿Qué valen estos objetos, de veinte industrias diferentes, comprados en la fábrica? ¿Qué cuestan sus fletes marítimos, su transporte fluvial y el almacenaje en nuestra factoría? Para ser un empleado útil, hay que saber todo eso. Es un trabajo que asustaría á cualquier alumno de la Escuela superior de Comercio. Y eso que no tendría que hacerlo de memoria, como nosotros.

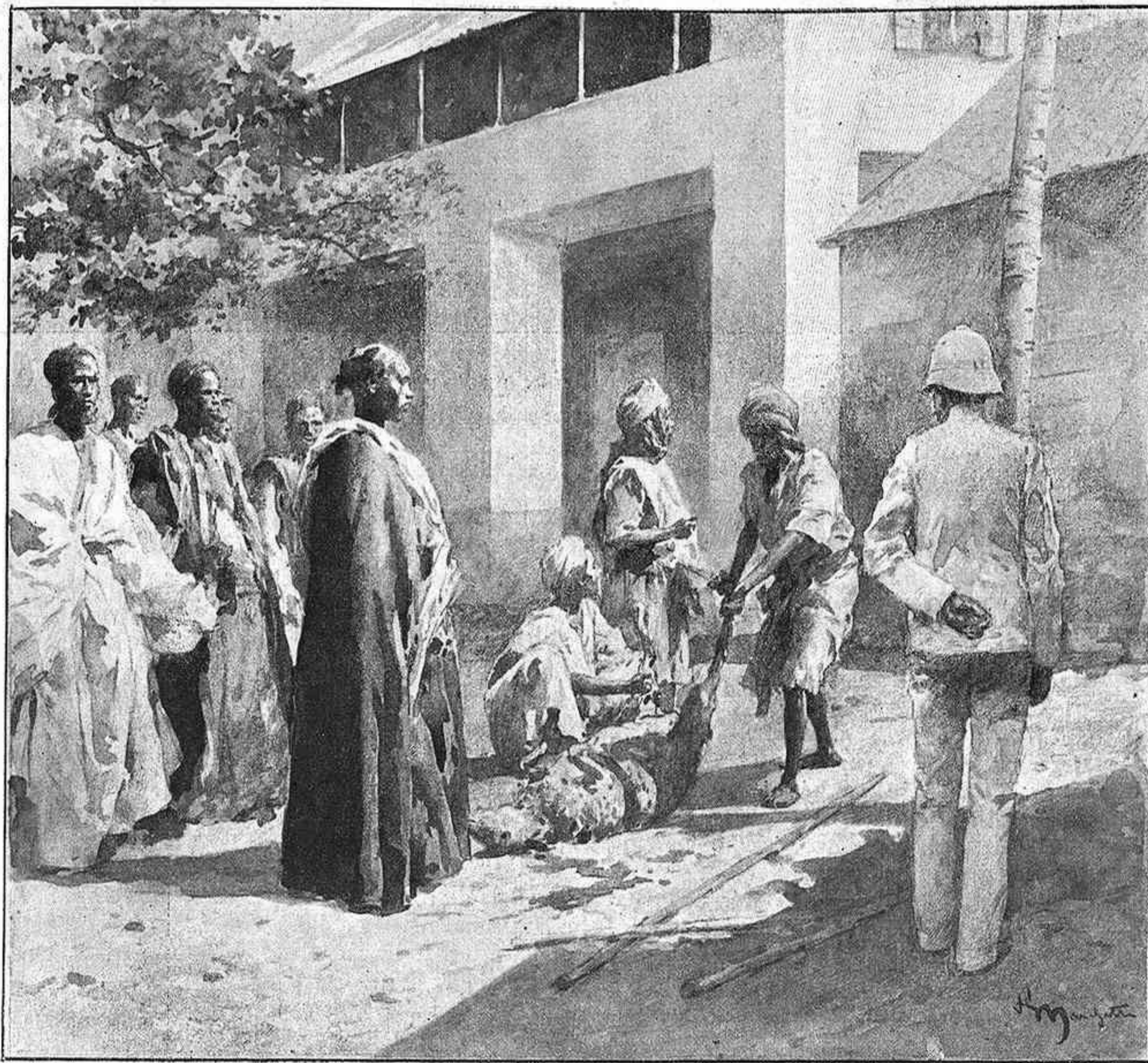
Candiác no era hombre que se asustase fácilmente. Aplicóse durante los intervalos de reposo que dejaban las llegadas de las caravanas. Pronto se acostumbró á su nueva existencia.

Había empezado la estación lluviosa. Jumonville tuvo la fiebre. Su camarada vióse obligado á tomar la dirección del servicio, dar instrucciones á los *coaxeurs*, recibir las mercancías europeas ó los productos en bruto, llevar la contabilidad y estar en correspondencia con el centro social. Los días le parecían cortos; pero las veladas empiezan pronto en los trópicos, y casi siempre un diluvio le impedía salir. Jumonville, cuidado por su joven negra, no parecía desear compañía más inteligente.

—¿Por qué no compra usted una de esas negritas?, preguntó un día á Candiác. Acaba uno por acostumbrarse á ellas. La mía me costó cincuenta francos.

—No, dijo Candiác. Enseño á un loro, sin hablar de nuestros perros guardianes. Como compañía, me satisfacen más. Pero á propósito, ¿por qué no ladran nuestros gozquillos? ¿Qué cosa más lúgubre!

(Continuad.)



A la mañana siguiente, toda la caravana se hallaba en el parador de la factoría

nero. En el fondo, el jefe se destacaba sobre una estera. Su blanca túnica de algodón, con bordados de seda cuyo principal asunto consistía en un gran sol que le adornaba la espalda, dejaba ver el escapulario musulmán colgado al cuello. Sus mujeres, cuya edad variaba desde los catorce años á la prematura vejez del ser femenino entregado únicamente á los cuidados de la naturaleza, iban envueltas en largos taparrabos que la prominencia del busto sostenía con más ó menos solidez, según la hoja de servicios de la dama. La gente menuda se revolvió por el suelo, mientras los hijos mayorcitos, casi adultos, imitaban la actitud digna de su padre. Arrimadas á una pared había veinte cestas rústicas, alineadas, ocultando bajo una guarnición de hojas su contenido precioso. A lo largo de la pared opuesta, los portadores esperaban, graves y dignos, las delicias largo tiempo deseadas del cogucho, el ron y el tabaco.

Muy acostumbrado á semejantes funciones, Jumonville hacía los honores con toda la atención de que era capaz, sabiendo que el menor descuido en su hospitalidad ocasionaría la partida inmediata de la caravana hacia otra factoría de la región. Hacía preguntas al jefe sobre su salud y la de su familia, sobre su viaje y hasta sobre la marcha de los asuntos políticos del país. Mientras tanto, se había destapado el primer barril de cogucho, que se vaciaba pronto, aunque no tanto como las damajuanas de ron. El tabaco, distribuido generosamente, humeaba en las pipas. Varios esclavos del jefe degollaron y descuartizaron un carnero, mientras uno de ellos se ocupaba en cocer el arroz.

—Ahora podemos ir á almorzar nosotros, dijo Jumonville á su compañero. Hasta mañana, ó pasado, no estará bien que hablemos de negocio. La cortesía exige hacer como si recibiésemos á esa gente por su linda cara.

La tarde fué empleada en larguezas más importantes. El jefe y sus mujeres, conducidos al almacén, fueron admitidos á pasar revista á las seductoras maravillas que encerraba. En aquel momento se les hicieron regalos. El señor y amo recibió un fusil, un sable y pólvora; la favorita, un hermoso collar de ámbar; las damas que habían cesado de agrandar,



INAUGURACIÓN DEL NUEVO EDIFICIO DE LA BIBLIOTECA NACIONAL
El Director de la Biblioteca Sr. Groussac, leyendo el discurso inaugural

REPUBLICA ARGENTINA. BUENOS AIRES

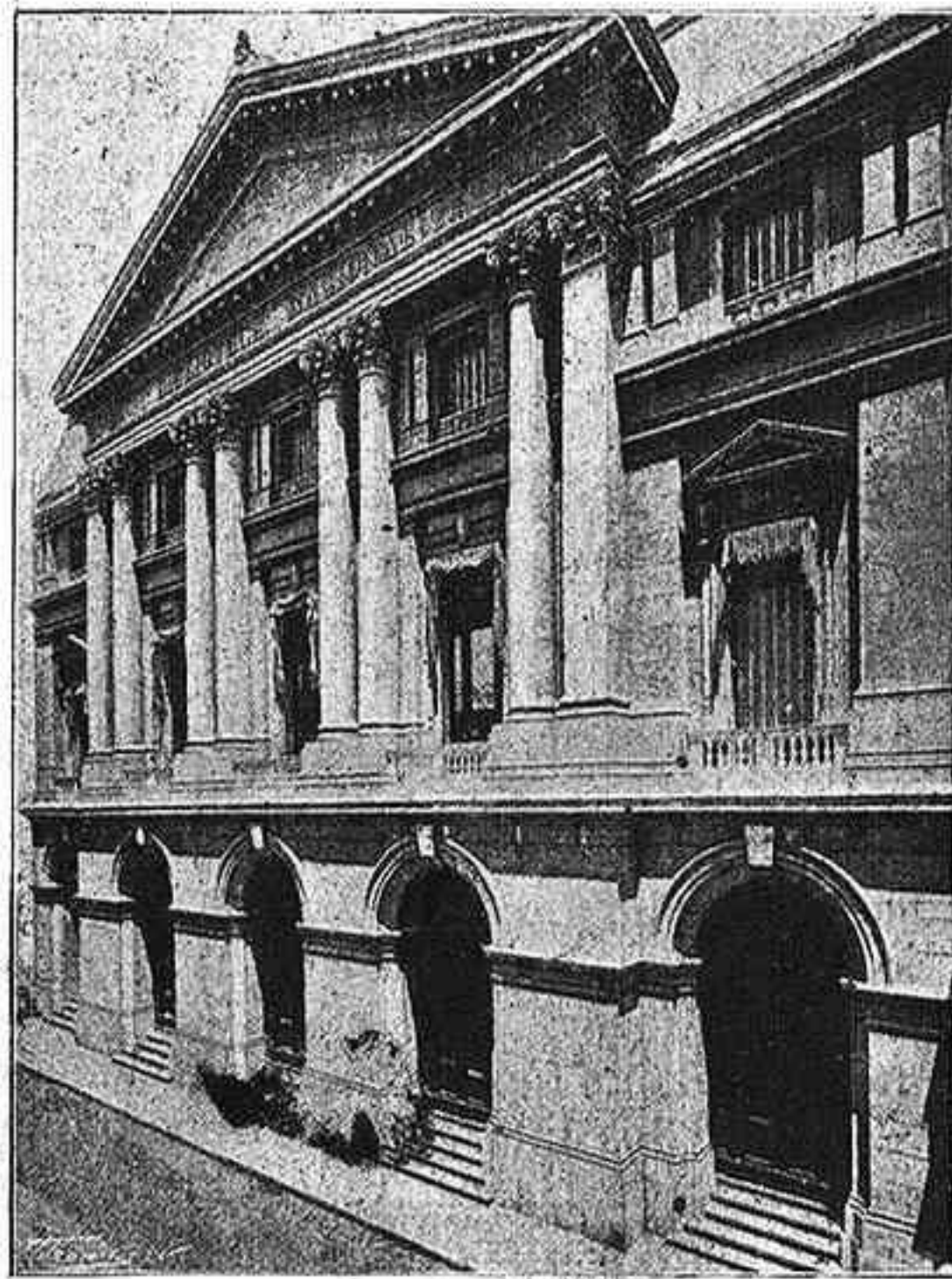
NUEVO EDIFICIO DE LA BIBLIOTECA NACIONAL

Honores de palacio, y de palacio suntuoso, pueden concederse al nuevo edificio recientemente inaugurado y destinado á Biblioteca Nacional.

Por una de esas incomprensibles evoluciones de la opinión pública, de la mayor indiferencia apática pasó repentinamente al interés provechoso, desperdada y sacudida por una idea vertida al acaso por persona competente y en momento oportuno, y esto hizo que el edificio empezado para un fin utilitario y poco civilizador, haya venido á servir á la antítesis de la idea primitiva.

Se estaba construyendo y ya terminándose para cobijar las dependencias y anexos de la Lotería, que bajo faz de Beneficencia encubre y explota una de las miserias y un vicio incurable de la humanidad, base y origen de infamias, relajamientos y crímenes.

Por suerte, hubo quien se doliera y lamentara, escribiendo que «daba vergüenza



Fachada

ver erigirse en la culta capital argentina, en la populosa Buenos Aires, en la ciudad pomposamente llamada «Atenas del Plata,» tan costosa casa dedicada al repugnante juego, siempre censurable aunque se diera destino benéfico á las ganancias, y que la gran Biblioteca Nacional estuviera todavía instalada tan pobremente en el mismo lugar y casa de su origen, allá por el último cuarto del siglo XVIII, sin comodidades de ningún género y con estrecheces agobiadoras. ¡Cuánto mejor no estarían en aquel edificio los tesoros de sus *cient mil* volúmenes.»

Se comentó el párrafo; la idea vertida hizo camino; se apoderó de ella la prensa; la acogieron con entusiasmo los centros docentes; se elevaron peticiones; se movieron influencias, y poco antes de termi-

narse las obras, se dictó el decreto por el gobierno de la nación, destinando el espléndido edificio á ser templo del saber cobijando la Biblioteca Nacional.

Un aplauso general, una especie de himno como entusiasta acción de gracias se elevó de todos los ámbitos de la República Argentina por el acto de justicia y civilización llevado á cabo.

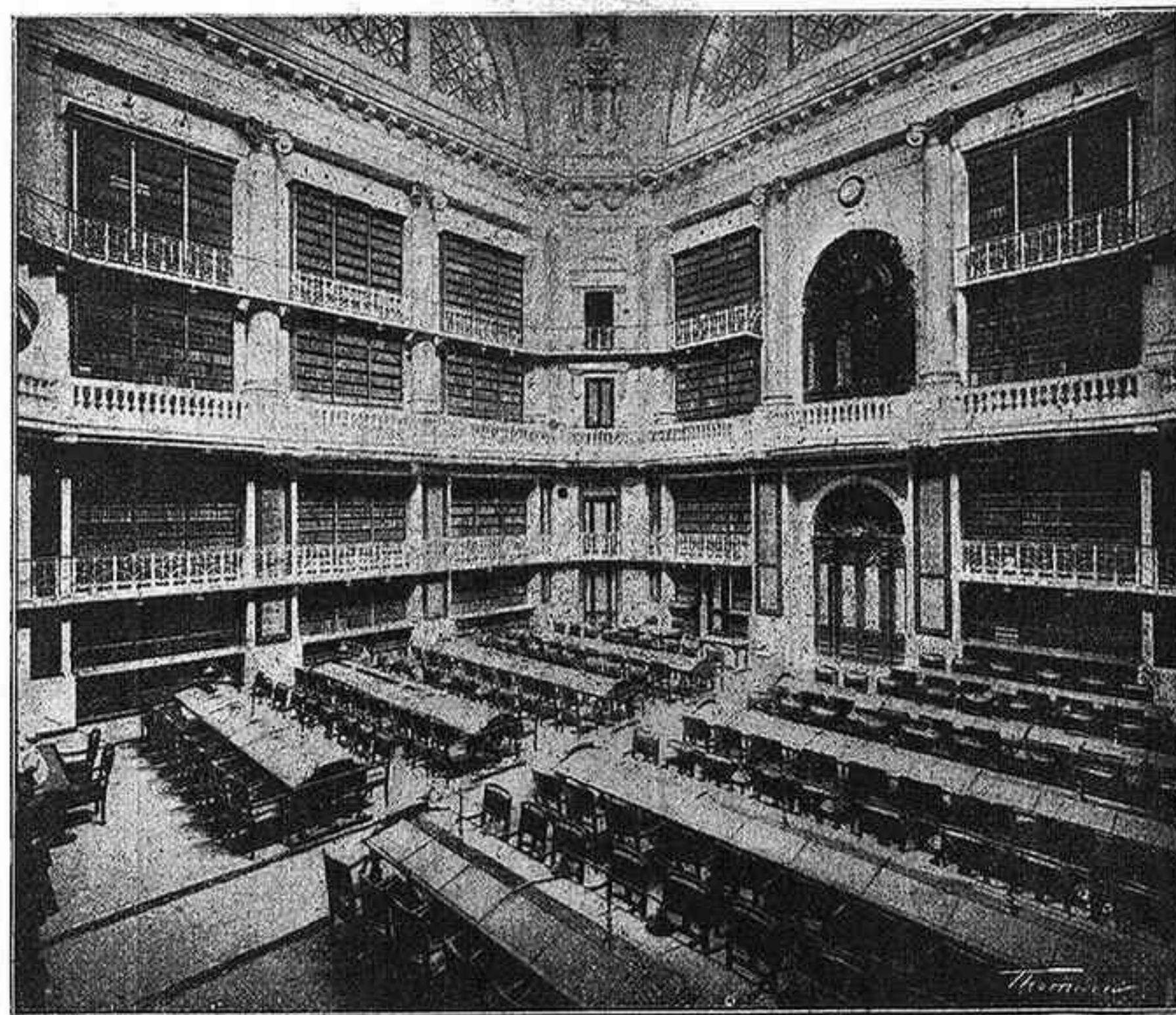
El actual bibliotecario, el sabio escritor y publicista, el erudito historiador y cronologista, el crítico imparcial y justo, el siempre ameno conferenciante D. Pablo Groussac, director de la Biblioteca mentada diez y siete años ha, desde el momento de la buena nueva se transformó en obrero incansable, en alma y cuerpo consagrado á la terminación de tan saludable obra, dirigiendo las variaciones necesarias y el decorado propio al nuevo feliz destino.

La inauguración fué brillantísima. Asistió á ella lo más selecto de la intelectualidad porteña, amén del elemento oficial, presidente de la República y ministros inclusive. El director abrió el acto con un

que contribuyó á amenizar el acto, dióse por hecha la inauguración oficial y pública.

El origen real de la Biblioteca referida se remonta al año 1784, en los buenos tiempos del virrey Vertiz, instalándose desde entonces en la parte edificada ex profeso sobre terrenos que fueron huerta del colegio de San Ignacio.

Fué consagrada como Biblioteca Pública de Buenos Aires, hoy Biblioteca Nacional, por decreto de la Junta gubernativa de las provincias del Río de la Plata el 7 de septiembre de 1810, á petición del



Sala de lectura

estudio biográfico-crítico de la Biblioteca y sus directores desde su gestación hasta el momento de hacerse él cargo del valioso tesoro.

Si su trabajo pecó de largo por el lapso mayor de un siglo que había de describir, no pecó de minucioso al estudiar los hombres que dirigieron la institución y los múltiples sucesos en que actuaron, discurso de mayor enseñanza y verdad histórica que muchos tratados y trataditos vulgares y mentirosos que de historia argentina pululan, como de texto, en colegios, escuelas, liceos y academias de enseñanza primaria, elemental y superior. Fué escuchado con religiosa atención, y de sus imparciales opiniones podrían deducir los actuales gobernantes grandes consecuencias y sabias enseñanzas benéficas al porvenir de la nación. Fué aplaudido con justicia y contestado con elocuencia por el ministro de Instrucción Pública Dr. D. Joaquín V. González.

Con el *lunch* obligado y con las delicadas interpretaciones de Mozart, Grieg y otros grandes maestros de la música por una muy superior orquesta

secretario de la misma Dr. D. Mariano Moreno. De aquella fecha á nuestros días pasaron por su dirección las siguientes personalidades: Fray Cayetano Rodríguez, Dr. Saturnino Segurola, José Luis Chorroarín, Dámaso Antonio Larrañaga, Manuel Moreno, Ignacio Grell, Valentín Alsina, José M.^a Terrero, Felipe Elortondo, Marcos Sastre, Carlos Tejedor, José Mármol, Vicente Quesada, Manuel Ricardo Trellez, José Antonio Wilde y el actual D. Pablo Groussac, que la desempeña desde 19 de enero de 1885 con competencia superior; y quiera el cielo para bien y progreso de dicha institución concederle muchos años de vida para ejercer el elevado cargo que ocupa.

La base constituyóla la donación hecha por el obispo Azamor de los libros que formaban su biblioteca particular, agregados con los de la del colegio de San Carlos, á los que siguieron otras donaciones, citándose muy especialmente las de los Sres. Chorroarín, Belgrano, Laborden, Agüero, O'Gorman, etc., compras, canjes, suscripciones, aumentando paulatinamente hasta el presente, en que pasa de *cient mil* volúmenes, con algunos ejemplares únicos y otros sumamente raros.

Respecto á la parte arquitectónica, remitimos á nuestros lectores al conjunto de grabados que publicamos, los que dan idea acabada de la grandeza y magnificencia del establecimiento, sobresaliendo la fachada, de orden compuesto; el vestibulo, muy suntuoso; la monumental escalera de honor; el des-



Escalera principal

pacho del director, de lujosa severidad, amueblado con muy buen gusto y artesonado; el gran salón de conferencias, muy espléndido; pero la magnífica sala de lectura se lleva la palma por la belleza del conjunto y lo artístico de los detalles.

Resulta monumental, así la parte arquitectónica como la de ornamentación, que es muy apropiada, lo mismo que el sólido y cómodo mueblaje, la luz ampliamente repartida, respirándose un ambiente de reposada alegría, de bienestar, de satisfacción, á la par que de recogimiento, muy en concordancia con el uso á que está destinada. En la parte baja están el archivo, depósito, oficinas para el trabajo de clasificación y los talleres de encuadernación.

En una palabra, edificio que nació de baja estofa, pero que terminó su desarrollo dignificado; y lo que pudo ser obscuridad tenebrosa en vida, cobijando el vicio innoble del juego, será en lo sucesivo templo del saber, donde brillarán con fulgores brillantísimos las múltiples joyas, las galas infinitas, los incalculables tesoros de la inteligencia humana.

(Gloria y honor al hombre que realizó el milagro)

Buenos Aires.

JUSTO SOLSONA.

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

FLORESCENCIA, por *Hortensio Güell*. - Colección de artículos literarios, notas críticas de arte, fragmentos dramáticos y trabajos varios, escritos en catalán. Un tomo de 200 páginas, impreso en Villanueva y Geltrú, en la imprenta de Oliva. Precio, dos pesetas.

EN LA ESTEPA, por *Máximo Gorki*. - Novela de costumbres rusas, traducida por A. Riera. Un tomo de 253 páginas, publicado en Barcelona por D. Luis Tasso. Precio, una peseta.

BASES DE PUERICULTURA, por *D. Juan Viura y Carreras*. - Discurso de turno leído en la sesión pública inaugural celebrada por la Real Academia de Medicina y Cirugía de Barcelona, el día 30 de enero de 1902. Folleto de 38 páginas, impreso en Barcelona, establecimiento del sucesor de F. Sánchez.

ANUARIO DEL COMERCIO, DE LA INDUSTRIA, DE LA MAGISTRATURA Y DE LA ADMINISTRACIÓN, ó Directorio de las 400.000 señas de España, sus colonias, Cuba, Puerto Rico, Filipinas, Estados Hispano-americanos y Portugal, con anuncios y referencias del Comercio é Industria Nacional y Extranjera. Ilustrado con los mapas de las 49 provincias de España y otro de Portugal. Obra considerada de utilidad por Reales órdenes. Dos voluminosos tomos publicados en Madrid por la casa Bailly-Bailliere. Precio, 25 pesetas.

SIGA LA BROMA, por *Luis Taboada*. - Colección de artículos festivos del popular escritor. Un tomo de 186 páginas que forma parte de la Colección Diamante que con tanto éxito publica en Barcelona D. Antonio López. Precio, 50 céntimos.

REFLEXIONES Á PABLO, por *Ubaldo Romero Quiñones*. - Estudio de sociología. Un tomo de 162 páginas, impreso en Guadalajara, imprenta de Enrique Burgo. Precio, una peseta.

PERIÓDICOS Y REVISTAS

Hojas Selectas, mensual ilustrada; *Revista Comercial Hispano-Americana*, mensual ilustrada; *La Opinión Postal*, tres veces al mes; *Crónica de Barcelona*, revista semanal; *Revista Homeopática Catalana*, mensual; *Luz*, revista ilustrada; *La Harmonía*, quincenal; *Recortes*, publicación ilustrada, tres veces al mes; *El protector*, mensual (Barcelona); *Boletín de la Biblioteca-Museo Balaguer*, mensual (Villanueva y Geltrú); *La Lectura*, mensual ilustrada; *Revista Contemporánea*, quincenal; *El Mundo Latino*, mensual ilustrada; *El Barberillo de Lavapiés*, semanario ilustrado; *Bibliografía Española*, quincenal; *Sol y sombra*, semanario ilustrado (Madrid); *Gaceta Médica de Granada*; *Boletín de los Colegios de Médicos y Farmacéuticos de la provincia de Castellón*; *El Pensamiento Latino*, quincenal; (Santiago, Chile); *El Ateneo Nicaragüense*, mensual (León, Nicaragua); *Boletín Meteorológico del Observatorio de Mons. Lasagna* (Buenos Aires); *Revista Mensual de la Cámara Mercantil* (Barracas al Sur, R. Argentina); *La Libertad*, diario (Córdoba, R. Argentina); *La Evolución* (Puebla, Méjico).

PUBLICACIÓN NOTABLE

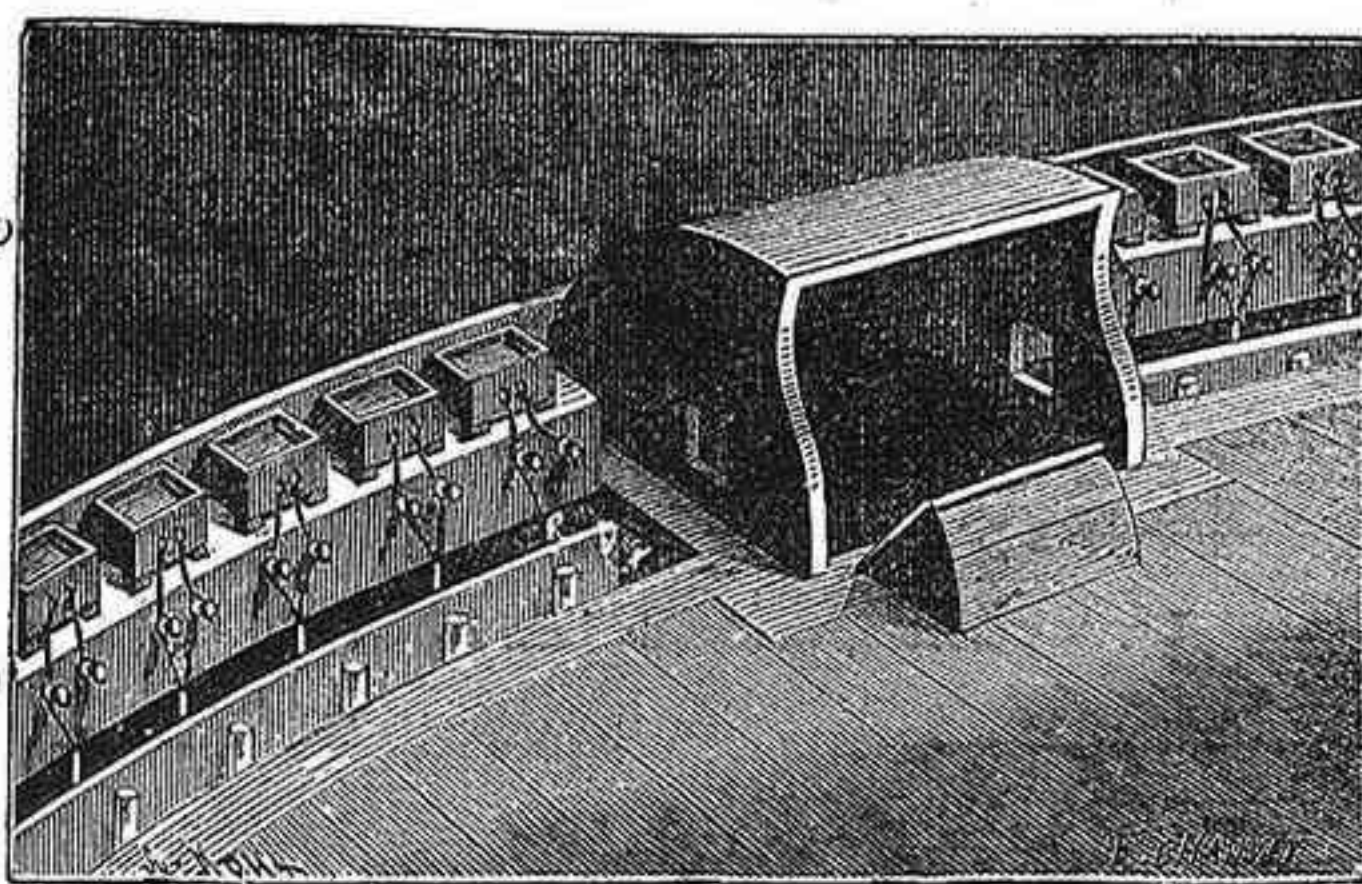
EL MUNDO FÍSICO

POR AMADEO GUILLEMIN

TRADUCCIÓN DE D. MANUEL ARANDA Y SANJUÁN

GRAVEDAD, GRAVITACIÓN, SONIDO, LUZ, CALOR, MAGNETISMO, ELECTRICIDAD, METEOROLOGÍA, FÍSICA MOLECULAR

Edición ilustrada con grabados intercalados y láminas cromolitografiadas



Muestra de los grabados de la obra. - Audiciones telefónicas teatrales

Esta importante obra es el tratado más completo y moderno de cuantos fenómenos físicos se presentan en la naturaleza, así de los que parecen más insignificantes como de los que suspenden el ánimo con sus poderosas manifestaciones. Escrita en estilo sencillo, descartadas de ella todas las demostraciones matemáticas para hacer más comprensibles las leyes y teorías de dichos fenómenos á toda clase de lectores y acompañada de gran número de grabados que representan máquinas, aparatos y cuantos inventos se han hecho hasta el día en el terreno de la Física, es un verdadero trabajo de ciencia popular, claro y preciso, que instruye deleitando y que

debe figurar en la biblioteca de toda persona amiga de la instrucción.

Así, después de tratar de los fenómenos y leyes de la Gravedad, explica de un modo comprensible cómo esos fenómenos y esas leyes han traído consigo el péndulo, la balanza, la prensa hidráulica, los pozos artesianos, las bombas, la navegación aérea, etc. A la teoría completa del Sonido agrega una enumeración de las aplicaciones de la Acústica y de los instrumentos musicales. La Luz da la descripción detallada de todos los aparatos ópticos y de sus aplicaciones á la fotografía, microscopio, etc. El Magnetismo y la Electricidad proporcionan ancho campo al autor para describir sus asombrosos fenómenos y sus causas. En el Calor nos da á conocer los grandes progresos hechos en su estudio, del que han dimanado aplicaciones tan útiles como los ferrocarriles, la navegación, las máquinas industriales y otras. Por último, en la Meteorología se explican minuciosamente las causas de los terremotos, huracanes, erupciones volcánicas, etc.

Por esta rapidísima reseña del contenido del MUNDO FÍSICO podrá venirse en conocimiento de la gran utilidad de esta obra.

Esta lujosa edición consta de tres tomos ricamente encuadernados con planchas alegóricas y se vende al precio de 45 pesetas pagadas en doce plazos mensuales si así lo solicita el suscriptor.

Se reparte asimismo por cuadernos semanales á cuatro reales uno.

Se enviarán prospectos á quien los reclame á los Sres. Montaner y Simón, calle de Aragón, núms. 309 y 311, Barcelona

Jarabe Laroze

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curación de las gastritis, gastralgias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestión y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

JARABE

al Bromuro de Potasio

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la dentición; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.

Fábrica, Espediciones: J.-P. LAROZE & C^{te}, 2, rue des Lions-St-Paul, á Paris. Depósito en todas las principales Boticas y Droguerías

APIOLINA CHAPOTEAUT
SALUD DE LAS SEÑORAS

(NO CONFUNDIRLA CON EL APIOL)

Es el más enérgico de los emenagogos que se conocen y el preferido por el cuerpo médico. Regulariza el flujo mensual, corta los retrasos y supresiones así como los dolores y cólicos que suelen coincidir con las épocas, y comprometen á menudo la salud de las Señoras.

PARIS, 8, rue Vivienne, y en todas las Farmacias

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE

Curadas por el Verdadero Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. - 50 Años de éxito.

Venta anual de los Productos Nestlé
39 millones de botes.

Harina Lacteada

NESTLÉ



ALIMENTO COMPLETO
para Niños y Viejos.
Contiene la Leche pura de Suiza.

Consumo diario de Leche: 184,000 Litros.

PAPEL WLINSI

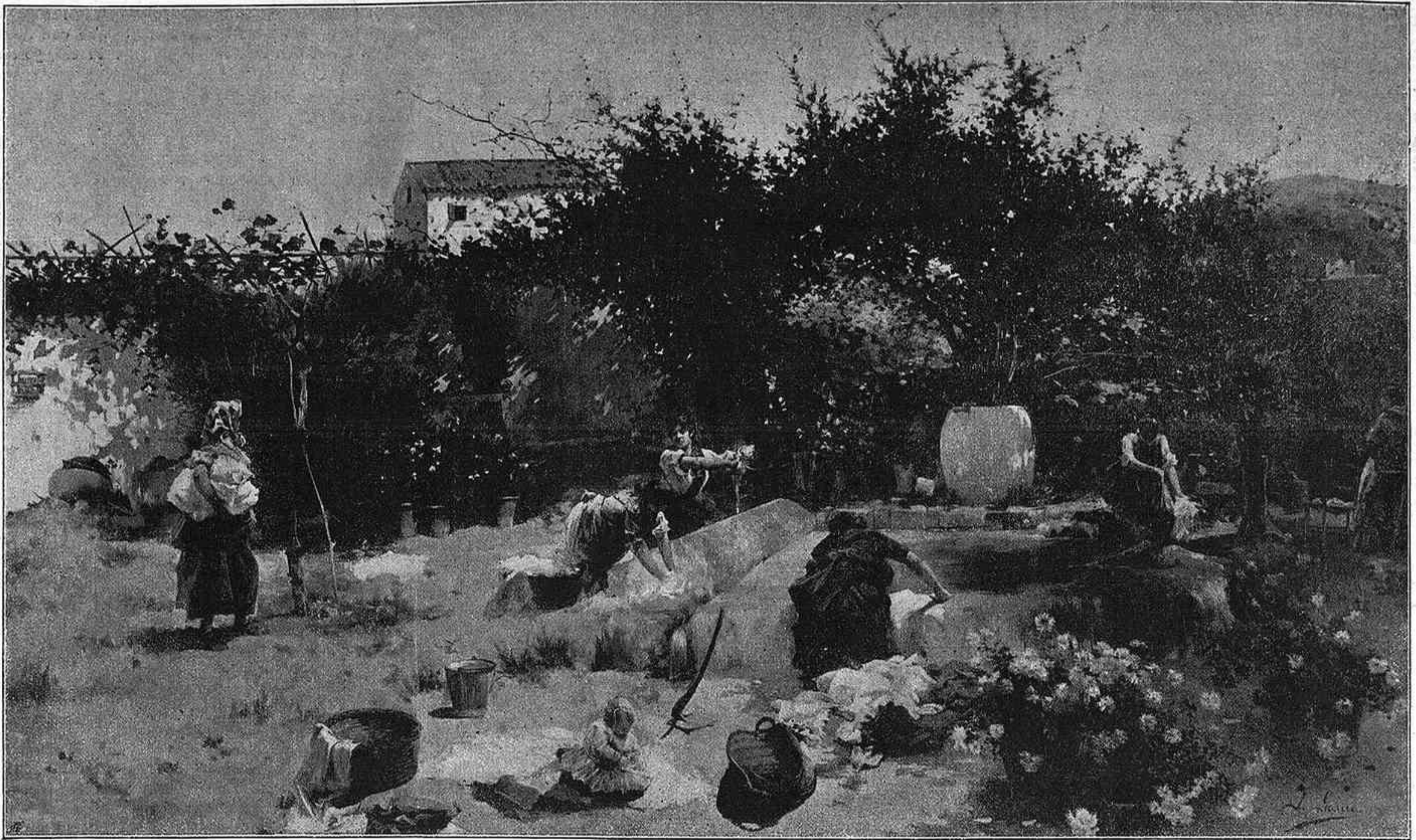
Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.

Exigir la Firma WLINSI.

DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. - PARIS, 31, Rue de Selme.

PATE EPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Exito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empuñe el PAVOIS DUSSEY, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.



Lavanderas, cuadro de Juan García

PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FONOUZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.
EXIJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
PASTERSON
 con BISMUTHO y MAGNESIA
 Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
 Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

Las Personas que conocen las **PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT DE PARIS**

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente a volver a empezar cuantas veces sea necesario.

AVISO A LAS SEÑORAS
EL ANIOL DE LOS SRES JORET-HOMOLLE
 CURA
LOS DOLORES, RETARDOS, SUPRESIONES DE LOS MENSTRUOS
 F^{ca} G. SÉGUIN - PARIS
 165, Rue St-Honoré, 165 -
 Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

PUREZA DEL CUTIS
 - LAIT ANTÉPHÉLIQUE -
LA LECHE ANTEFÉLICA
 ó Leche Candès
 pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.
 Pone y conserva el cutis limpio y terso.
 CANDES et C^{ie} PARIS

LA SAGRADA BIBLIA
 EDICIÓN ILUSTRADA
 a 10 céntimos de peseta la entrega de 16 paginas
 Se envian prospectos a quien los solicite dirigiéndose a los Sres. Montaner y Simón, editores

PILDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exigase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

COLORES PÁLIDOS AGOTAMIENTO GRAJEAS Y ELIXIR RABUTEAU

El mejor y más económico Ferruginoso.

CLIN Y COMAR, PARIS. - En todas las Farmacias. 654

GARGANTA VOZ y BOCA PASTILLAS DE DETHAN
 Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente a los S^{res} PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz. - Precio: 12 REALES.
 Exigir en el rotulo a firma Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

PILDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exigase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PILDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exigase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

AGUA LÉCHELLE HEMOSTATICA
 Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *Intestinos*; los *Espustos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida a la sangre y entona todos los órganos.
 PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. - DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.